

La Máquina de la Nostalgia

y otros textos

José Joaquín López

www.anecdotalario.net



Más libros de este autor en: <http://www.anecdotalario.net/descargas>

Nota preliminar

Mi nombre es José Joaquín López (Guatemala, 1974) y escribo relatos e historias en www.anecdotalario.net desde marzo del 2004. Este documento contiene una selección de textos del período 2004-2006.

Puedes copiar los textos y distribuirlos por cualquier medio, venderlos o hacer obras derivadas, siempre y cuando indiques mi autoría y mi sitio web, de la siguiente forma:

José Joaquín López – www.anecdotalario.net

Contenido

NOTA PRELIMINAR	2
MOLESTO ZAPATO	5
LOS GENIOS YA NO SON COMO ANTES	5
CAR WASH.....	6
SEXO Y CIGÜEÑAS.....	7
EL PERVERTIDOR	7
RECUERDOS DE INFANCIA.....	8
LOS CHAPINES CONQUISTARÁN USA.....	8
LA CULPA ES DE OG MANDINO	9
EL SUFRIMIENTO DEL AUTOMOVILISTA PRINCIPIANTE	12
EL SUICIDA	13
EL INDOLENTE	15
UN LOTERIAZO EN PLENA CRISIS	15
HOMO SAPIENS 2.0	16
INTENTÉMOSLO OTRA VEZ.....	17
COSAS QUE TE PUEDEN FUNCIONAR	18
HABITANTES DE LA TIERRA	19
CUIDADO CON LAS RASURADORAS.....	19
LAS MAMÁS BUENAS DEBEN CREERLE A SUS HIJOS	19
DE FANTASMAS Y APARECIDOS.....	20
COSAS QUE PASAN.....	21
BODAS.....	21
LA SONATA K448 Y LA INMORTALIDAD DE MOZART	22
LA IMPORTANCIA DE SABER VIRAR A LA DERECHA	22
DEVOCIÓN.....	23
SANTA CLAUS VRS. REYES MAGOS	23
MORADO.....	24
SWITCH	25

BLOGFANS.....	25
LLAMAN A LA PUERTA.....	26
LA COLA DEL BANCO	26
LA MUERTE DEL CHATO	27
OTRO AVIÓN QUE NO SE CAE.....	28
YO LE VINE A CONTAR MI VIDA.....	28
LA CAMIONETA DE LA BELLA DURMIENTE.....	29
CÓMO ENGAÑARSE A SÍ MISMO	30
EL TESORO DE PIE DE LANA	31
EL SECUESTRO	37
REGRESO A CASA	39
LA MÁQUINA DE LA NOSTALGIA	40
LA MUERTE, ESE PEQUEÑO DETALLE	41
BÁSICAMENTE, ESTA SERÍA MI OPINIÓN.....	42
MAL ESPÍRITU.....	43
EL EMAIL.....	44
PASTILLAS DE CIANURO	46

Molesto zapato

Desde hace algunas semanas, mi zapato derecho se ha dado a la tarea de rechinar cuando piso con él. Por más que intento pisar de una u otra manera, no logro acabar con el ruido. Lo he revisado detenidamente para ver de donde proviene el sonido, pero nada.

El zapato en cuestión, está en perfecto estado. Para ya no escuchar el molesto ruido, tendría que comprarme otro par. Sería más lógico si sólo pudiera sustituirlo, comprando un solo zapato. Deberían de fabricar sólo zapatos derechos o izquierdos, para que uno pudiera sustituirlos en caso de necesidad.

En fin, tomar la decisión me llevará algún tiempo. Porque si compro un par, podría salirme otro zapato rechinón. O sea que no resuelvo el problema. A no ser que en el par nuevo, sea el izquierdo el que suene. Entonces, tendría que escoger un par idéntico para acabar con el mal.

Pero surge otro problema, no me puedo poner un zapato nuevo y uno de medio uso, se notaría y además, se vería mal. Tendría que usar por un tiempo el nuevo par, hasta que se asemeje al otro. Lo malo es que no me libraría del ruido inmediatamente, así que mejor me quedo con este par.

Desgracia que es mi vida.

Los genios ya no son como antes

El otro día iba todo hecho lata porque en el chance todo me fue mal. Venía por la calle pateando piedras y caminando con desgano. De repente, a la orilla del camino, vi algo brillante. Era una lámpara mágica color oro, la recogí. Como manda la costumbre, la froté y salió el consabido genio.

—Hola amo, soy el genio de la lámpara, puedes pedir un deseo que yo te lo concederé —dijo con voz en eco—.

—¡Qué joder! —exclamé yo—. Antes le concedían a uno tres deseos y ahora sólo un pinche deseo decís vos que me vas a conceder. Todo está devaluado ahora, hasta los deseos de las lámparas.

—Amo, he de informarte que eso de los tres deseos eran inventos de la tradición oral, en realidad, los estatutos de la Gremial de Genios del Mundo (GGM), siempre han contemplado un solo deseo.

—Puras pajas me estás dando —contesté algo molesto—. Pero en fin, te pediré mi deseo: una noche con Marilyn Monroe.

Pude ver cómo le cambiaba la cara y se angustiaba un poco. Me explicó que debido a problemas del sistema con el tiempo y el espacio, esto era imposible, puesto que Marilyn estaba muerta. Si ella existiese todavía, se podría replicar su presencia y traérmela para hacer realidad mi deseo. Me preguntó qué por qué no era yo como los demás, que pedían dinero y fama, que en eso se había especializado en la Universidad.

—No me interesan tus estudios, ni el dinero, ni la fama. En realidad los detesto. Un deseo es un deseo, y quiero que se cumpla. Ya he tenido un día malo como para que un genio venga y me diga que no puede hacer su trabajo como se debe. ¡Dónde se habrá visto!

—En verdad ustedes los humanos sí que son *de a huevo*. No sólo el servicio es gratuito, sino que además se ponen exigentes. Así como con los correos electrónicos, que andan exigiendo como si pagaran grandes cantidades, y lo peor es que les hacen caso.

—Mirá vos genio, no te me pongás al brinco porque hoy estoy para trancazos. Vos mirá cómo me concedés el puto deseo y ya. Dejáme de estar dando casaca.

El genio viendo que no tenía alternativa, agarró su celular y marcó el teléfono de un su cuate, genio también. Habló un par de minutos, y luego colgó.

—Bien —dijo algo aburrido el genio—, he consultado con uno de mis cuates que se ha visto en una situación parecida, y me ha informado que a las celebridades muertas sólo se les puede traer una vez, transgrediendo las leyes del tiempo y el espacio. Pero Marilyn ya fue traída por deseo de otro amo, y por lo tanto no se te puede conceder ese deseo, por lo cual tendrás que cambiarlo o no pedir ninguno.

—Bueno —dije yo, decepcionado y derrotado—, ya que no hay de otra, dame unos 10 millones de dólares en un banco de Miami y quedamos en paz.

—Tus deseos son órdenes para mí Amo. Deseo concedido.

Así es como me hice millonario de la noche a la mañana, estimados lectores. No crean en esas patrañas de la prensa, que dicen que yo ando metido en cosas oscuras como el narcotráfico o el contrabando. Envidiosos que son. Lo que les conté aquí es la verdad verdadera. Créanme.

Car wash

Para ser un buen *carwasher*, se debe cumplir con ciertos requisitos mínimos. Primero que todo (y muy importante): el carro a ser lavado tiene que ser el usado por el carwasher. Así habrá un vínculo sentimental ineludible, y el carwasher entonces le profesará un amor casi paternal al carro.

El evento debe ser transmitido a todo el vecindario, para lo cual se abrirán de par en par las puertas del garage, aunque de ser posible el lavado se hará en la calle. No tiene sentido lavarlo si no se entera todo el mundo. El lavado deberá hacerse con mucho jabón y una manguera, procurando gastar la mayor cantidad de agua posible. Uno de los objetivos es que el carwasher se moje todo también, y por lo tanto debe usar indumentaria adecuada (playera, pantaloneta y chancletas).

El lavado del carro no se sustituirá por ninguna otra actividad, y deberá considerársele como una religión. Los buenos carwashers deben saber que antes de su relación con la familia y los amigos, debe estar el carro limpio; hay que recordar que por más empeño que se le ponga, siempre habrá algún 1% del carro que estará sucio, y por lo tanto no se escatimará tiempo ni esfuerzo para lograr el ideal 100% de limpieza.

La limpieza interior de carro, como no acarrea mucha emoción, es opcional.

Sexo y cigüeñas

El niño José Joaquín está platicando con su amigo Henry Chivalán en un colegio de Guatemala:

Henry: — ¿Vos sabés cómo se hacen los bebés?

José Joaquín (un poco avergonzado): — Yo no. ¿Y vos?

Henry (muy ufano): — Sí, mi tío me explicó cómo era la cosa. Eso de las cigüeñas es mentira, se lo dicen a los niños para entretenerlos.

José Joaquín (avergonzado sí, pero ahora interesado): — ¿Y cómo es la cosa pues?

Henry (en tono didáctico): — Los bebés se hacen por medio del beso. El hombre transmite sus espermatozoides a la mujer a través de la saliva. Cuando los espermatozoides llegan al estómago de la mujer encuentran el óvulo. Lo fecundan y de allí sale el bebé.

José Joaquín (decepcionado): — ¿Y eso es todo?

Henry: — Sí. Mi tío sabe bien de esto porque es doctor.

José Joaquín se queda con la duda de qué jodidos es espermatozoide y óvulo, pero no se atreve a preguntar más. Los dos niños acuerdan jugar fútbol antes de que se termine el recreo.

El pervertidor

La primera y última vez que fui a ver una película pornográfica al cine, esperaba encontrarme con espectáculo tanto en la pantalla como en el público: me imaginaba que abundaban las parejas que iban saciar su apetito carnal por el placer de hacerlo en público. Eran los últimos tiempos de los cines del comercial Montserrat, que con esas funciones estaban dando los últimos estertores de vida. Contrario a lo que manda la ley, la función empezaba a las 7 de la noche y yo dispuse llegar a las 7:15, no fuera ser que me encontrara con gente que veía en la misa de los domingos. Pagué mi boleto y entré.

Lo más común es que en los cines uno entre por atrás de los asientos, pero en esta sala la cosa era al revés y uno tenía que pasar enfrente de todo el mundo para buscar su lugar. Entré lo más rápido posible, y me encontré con tres chavos que se quedaban viendo desde el pasillo, porque no se atrevían a entrar y pasar enfrente de todos. Después de que pasa la ceguera inicial, uno empieza a ver a su alrededor cuando no hay acción en la pantalla. Por más que busqué no encontré a ninguna pareja que diera espectáculo, pero sí dos chavas que decían *ay qué chish* cuando había sexo oral. Las muchachas habían sido inducidas al pecado por un sonriente cuate con gorra de los rojos y uniforme de Paiz.

—Mirá, mirá hombre, para eso vinistes —le dice el chavo calentón a una de las mujeres.

—No —dice la muchacha tapándose los ojos—, ¡qué asco!

—¡Qué cochinal! —dice la otra— ¡y se lo está tragando!

Y aunque ponían sus caritas de asco, se vieron la película hasta el final, ante los reojos lujuriosos que a cada tanto les lanzaba el perverso suertudo.

Recuerdos de infancia

Ayer por la tarde pasé por la Plaza Central de la ciudad de Guatemala. Me dirigía de la séptima avenida hacia mi oficina —ubicada en la cuarta avenida—, después de hacer una diligencia de trabajo. A la par de la fuente estaba un grupo de limpiabotas adolescentes echándose una *chamusca*. De repente, a consecuencia de un disparo desviado, la pelota vino hacia mí acompañada del grito de costumbre: ¡bola porfa! La recibí, la levanté con el pie derecho, hice dos toques sin dejarla caer y le pegué hacia donde estaban los limpiabotas, como en mis mejores tiempos. Y cuando di aquella patada, retrocedí 18 años, a octubre de 1986.

En ese año habíamos tenido que cambiar de casa, porque se había inundado la que vivíamos y se habían arruinado los muebles. No quisimos volver a aquella vivienda, pasamos un mes con unos primos y luego regresamos a la misma colonia El Tesoro, pero 3 cuadras arriba, donde ya no había peligro de una nueva inundación.

Allí pasé las mejores vacaciones de mi vida (las vacaciones para los escolares en Guatemala son de octubre a enero). Los vecinos venían todas las tardes a jugar chamusquitas con otro cuate que vivía en la misma casa, mi hermano y yo. Sólo se necesitaba de una pelota plástica de 20 centavos y el patio de la casa para organizar nuestros partidos de fútbol que duraban 3 horas y que terminaban con marcadores de 35 goles a 33.

Después de esos encuentros donde todos éramos el Maradona que se llevó a 5 ingleses y anotó el gol, nuestros zapatos y ropa estaban llenos de tierra. Mi mamá nunca protestó, supongo que le encantaba vernos entrar sonrientes, agotados y sudorosos, y que eso alcanzaba para pagar las lavadas de ropa con tierra.

Me recordé de todo eso porque el color de la tarde de ayer era igual que en aquel entonces. Y me entró un maldito viento de nostalgia que me dejó el resto del día con un dolorcito sordo, pero continuo. Qué lejos están aquellos tiempos.

Cuando uno crece todo se hace más complicado. Ya no basta una pelota de plástico y algunos amigos; ahora necesito tener una página en Internet, conexión y computadora. Y escribir tonterías como ésta.

Los chapines conquistarán USA

Los guatemaltecos desde hace varias décadas callada la boca estamos conquistando USA. Los gringos, que se las llevan de muy pilas, ni cuenta se han fijado de que nuestro plan avanza con paso firme. Mientras ellos están cuidándose del Osama y están invadiendo Irak, los chapines nos estamos

pasando a vivir allá y mandando dólares para Guatemala. Ya tenemos casi el 10% de nuestra población allá en el norte.

Hasta ahora, todo ha transcurrido en silencio. Pero ya se verán los logros en un par décadas más. Según me cuentan mis contactos allá en la tierra del tío Sam, la principal competencia son los mexicanos y los salvadoreños. Pero nosotros somos más pilas y pienso y tengo fe en que lograremos la conquista antes que ellos.

Si un guatemalteco se alista para ir al norte, ingenuamente la prensa piensa que es por necesidad o porque aquí la situación está jodida, cuando en realidad es un soldado más que se une a la invasión. Nosotros no necesitamos inventarnos que hay armas de destrucción masiva, ni necesitamos armamento sofisticado, nos basta con la valentía y pundonor de nuestros soldados. Las familias más patriotas son aquellas que se especializan en enviar batallones numerosos al imperio del norte. A ellas mis respetos.

Ya se cuenta que los gringos están consumiendo nuestro Pollo Campero y nuestros tamales. A las doce de la noche del 24 de diciembre, empiezan ya a verse anglosajones que queman sus cuetes y canchinflines para celebrar la navidad. Las procesiones espectaculares de Semana Santa, empiezan a causar furor entre los canchitos. El fútbol está agarrando fuerza, gracias a que el ídolo de la liga es chapín (El Pescado Ruiz). Los barriletes gigantes del uno de noviembre se están volviendo fiebre en algunos estados de la unión, donde ya no les alcanza un solo día, y se quedan volando barriletes todo el mes de noviembre. Sociólogos estadounidenses se muestran preocupados por la situación, pero como siempre, la CIA y el FBI no les ponen coco. Y esperemos que así lo sigan haciendo, porque nuestro plan deberá ser consumado antes de que ellos se den cuenta.

La culminación de nuestra conquista será cuando logremos que un presidente gringo —cuya campaña financiamos desde aquí— sea de origen chapín. Y entonces USA condonará toda la deuda y obligará a invertir en Guatemala y vendrán miles y miles de empresas que querrán estar en este país de la eterna primavera. Todas las naciones querrán hacer Tratados de Libre Comercio con nosotros. Hollywood y el Yankee Stadium serán trasladados a Escuintla y Quetzaltenango, respectivamente. La Estatua de la Libertad la pondremos en la Plaza Central de la ciudad de Guatemala. La NASA se instalará en el Petén.

Todos los mojados y los secos que están allá en USA, son gente valiente que sigue el plan, pese a todas las dificultades. Nuestro apoyo incondicional estará siempre con ellos, porque están forjando el futuro de nuestra patria.

Adelante chapines, la victoria será nuestra.

La culpa es de Og Mandino

Fui a una feria del libro a comprar algún título de los clásicos porque soy un lector que va a la segura. Pero antes de que lograra ver algún stand, se acercó un vendedor locuaz que me empezó a bombardear con frases pre-hechas para venderme un curso de lectura rápida. A pesar de que le dije que sabía del tema, vendedor locuaz siguió con su estrategia tal y como se la enseñaron en su curso de ventas.

Por una mezcla de curiosidad y culpa por la energía que derrochaba vendedor locuaz, accedí a hacerme la prueba de medición de velocidad, que salió entre los límites de lo normal.

—¿Usted sabía que puede llegar a leer un libro de 300 páginas en 30 minutos? —pregunta vendedor locuaz.

—Si así fuera, sería un súper lector —respondí, dándome cuenta que se venía lo peor.

—Así es José Joaquín, con nuestro método usted podrá hacerlo con una comprensión del 100%.

—Ok.

—¿Sabía que sólo el 3% de gente de Latinoamérica lee más de 1,500 palabras por minuto con 100% de comprensión?

—Es una cifra muy alta, si en Latinoamérica hay 800 millones de personas, significa que 24 millones leen a esa velocidad —observé—. En una región donde hay mucha pobreza me parece extraño. Aún en una población universitaria no creo en esa estadística.

Locuaz se vio un poco confundido, y contestó inventando que eran estadísticas de gente que había recibido su curso. Pero nuestro querido locuaz no estaba dispuesto a darse por vencido y siguió evangelizándome:

—Usted seguro que quiere superarse.

—(Nooo, yo quiero quedarme en la misma miseria en que estoy). Por supuesto, todos lo queremos.

—¿Sabía que usted puede ganar más dinero si puede leer más rápido?

—Eso no depende de leer más rápido o no. Son otras cosas las que van en juego.

—Pero leyendo más estará más educado y mejor preparado y por lo tanto tendrá mejores aspiraciones —contraatacó locuaz—.

—Depende de lo que leás. Si lees basura no lo vas a estar.

—¿Cuántos libros leyó el año pasado? —preguntó locuaz cambiando de tema.

—Cuatro.

—Si usted hubiera leído 30 libros, estaría más educado. ¿No es cierto?

—Como te dije, no necesariamente.

—Claro, leyendo novelas nadie se va a educar...

Así continuó locuaz por diez minutos más, cumpliendo a cabalidad con cada uno de los puntos de su curso de ventas. Al fin, después de mucho esperar me hizo la última pregunta:

—En escala de 1 a 10, ¿qué interés tiene usted en el curso?

—Depende del costo y el tiempo, además no sé por qué se tiene que medir de uno a diez una pregunta que se debe responder sí estoy interesado o no estoy interesado —dije un tanto cansado de la perorata.

—Pero necesito saber en escala de 1 a 10 cuánto interés tiene —contestó locuaz mecánicamente, con evidente peligro de que sus neuronas entraran en conflicto.

—Sigo sin entender. A mí si me interesa, pero necesito saber el precio y el tiempo del curso.

—Sólo dígame en escala de 1 a 10, qué interés tiene —repitió locuaz, desesperado.

—Está bien, cinco entonces.

—Entonces eso sería todo, necesito una puntuación más alta para continuar dándole información

—dijo locuaz estrechando mi mano y mandándome olímpicamente a la mierda.

—(Ok locuaz, disfrutá tu victoria) ¿Y cuánto cuesta el bendito curso entonces?

—El curso tiene un costo de Q 12,000.00 —finalizó la plática locuaz, guardando su arsenal demostrativo en un cartapacio blanco, visiblemente molesto. De inmediato se paró y empezó a buscar una nueva víctima.

El extraño caso del muñeco viviente

Un lector de mi blog me pidió que publicara su historia. Como le dije por correo electrónico, no creo en lo que cuenta, simplemente porque su caso se puede explicar por trastornos del sueño o cansancio acumulado. Pero por insistencia de él, a continuación les haré un resumen del larguísimo mail que me envió, con algunas correcciones de estilo que con su permiso me permití hacer.

Apreciable José Joaquín:

Te escribo rogándote para que publiques mi historia. Es algo que me ha estado atormentando por dos años y no puedo continuar así sin decirlo a nadie. Ante la reciente muerte de mi amigo Alberto, con quien presenciamos todo, yo soy el único que vive para contar lo que probablemente te parecerá una locura, pero créeme que no puedo seguir callando.

Hace dos años trabajaba en McDonald's Uatlán, en la ciudad de Guatemala. Una noche de viernes santo, después de un día agotador de trabajo, nos encontrábamos un compañero de trabajo (Alberto) y yo esperando a un tercero que todavía tenía tareas pendientes. Como la noche estaba fresca, estábamos en el estacionamiento platicando de cualquier cosa para pasar el tiempo. Afuera del restaurante está, como se sabe, un muñeco de Ronald McDonald sentado en una banca en la cual hay espacio para que se siente quien así lo apetezca. Cuando era pequeño sentía miedo cuando veía al payaso ese, recuerdo que iba corriendo a meterme debajo de la cama cuando aparecía en la tele.

Alberto decidió sentarse allí, puesto que nuestro otro amigo estaba tardando un poco. Estábamos platicando distraídamente, cuando vi un movimiento de la cabeza del muñeco, más o menos como si hubiera tenido un escalofrío. Volteé a ver a mi amigo haciéndole señas con los ojos, pero al regresar la vista al payaso, éste estaba inmóvil como siempre. Estoy cansado, me dije, aunque me puse pálido según me dijo Alberto entre risitas burlonas.

Seguimos platicando de A y B, cuando el monstruo tuvo el escalofrío de nuevo y ante mis espantados ojos se levantó de la banca. Alberto esta vez sí lo vio y quedó petrificado en el lugar, con la boca abierta llena de espanto.

—No tengan miedo —dijo Ronald McDonald con voz chillona—. Si me están viendo es porque los espíritus de los muertos en las guerras que el hombre en su afán de poder ha perpetrado en contra de sus propios hermanos, están enfadados. George W. Bush es una persona diabólica que quiere controlar al mundo, y utilizará a McDonald's para lograr control sobre los pequeños países como el de ustedes.

Alberto y yo no podíamos hablar de lo asustados que estábamos. Tartamudeando le preguntamos que por qué nos había escogido a nosotros y para qué nos contaba todo eso.

—No puedo revelarles la razón. Ustedes deberán advertir a sus compatriotas de lo que se avecina, para que no caigan en engaños y sean controlados por el país del norte, al que no le importa pasar sobre quien sea para lograr sus terribles proyectos de destrucción y muerte.

Al terminar de hablar desapareció ante nuestra vista. Después de aquella visión quedamos helados y mirándonos incrédulos y asustados. Así nos sorprendió el compañero a quien esperábamos. No le dijimos nada, temiendo nos tuviera por locos.

Al día siguiente, la comidilla de los compañeros era que se habían robado el muñeco. La empresa tuvo que mandar a hacer otro para sustituirlo. Alberto y yo renunciamos ese día y por nada del mundo entramos otra vez a ningún McDonald's.

El sufrimiento del automovilista principiante

En junio del 2004 me bajé de la camioneta (así le llamamos a los buses en Guatemala) y me subí al carro. Había pasado casi seis meses molestando a un mi cuate vendedor preguntándole sobre las opciones más baratas del mercado. Cuando ya tuve dinero para el enganche, lo llamé y le dije que ya estaba listo. Después de tres o cuatro días de trámites, llegó el día de ir a traerlo a la agencia.

Como yo no había tenido carro (más que dos intentos que hice comprando carcachas que al final no sirvieron) no me sentía muy seguro para manejar. Pero de eso me di cuenta hasta el día que lo fui a traer. Iba camino a la agencia y empecé a tener miedo de irme a hacer mierda con el carro nuevo. Sí sí, me repetía, meto el clesh para cambiar de velocidad, la primera siempre se pone para salir del reposo, el carro es el que te pide que cambiés de velocidad, procurá no ir muy rápido. Es así como en los juegos de video, sólo que de verdad.

Mi cuate vendedor notó que estaba ahuevado y me preguntó si sabía manejar. Sí claro, le dije, con falsa tranquilidad. Le tuve que pedir que me lo encaminara un poco para salir del estacionamiento. Lo arranqué, aceleré poco a poco pero el bendito carro no caminó. No sirve esta cosa, pensé. Tenés que quitar el freno de mano, me explicó mi cuate. Y así, dando tumbos avancé 50 metros y se apagó la babosada esa. Freno de mano, clesh y acelerador, no tengo que tener miedo, me dije. Me empecé a arrepentir de mi compra, si yo estaba tan bien viajando en camioneta, para qué me meto en cosas. Todo por no pagar unas clasecitas de manejo. No, el José Joaquín siempre tiene que parecer machito. Y ahora, bien pisado con carro nuevo.

Total, que aunque se me apagó otras cinco veces la babosada esa, logré llegar invicto al parqueo de la oficina. Del estacionado mejor ni hablemos.

Después venía lo peor: el regreso a la casa. Me imagino que los demás conductores se reían de que con carro del año, yo iba con cara de ahuevado a 50 kilómetros por hora por el periférico, haciendo lento el tráfico de mi carril. Vos sólo fijáte en el camino, y cuidá al de enfrente, no te preocupés por los de atrás, me repetía para tranquilizarme. En el trayecto se me apagó otras cinco veces la babosada, a causa de los impertinentes semáforos que pusieron a cada rato para hacerme la vida imposible. Por fin, después de casi chocar con un BMW, llegué a salvo a casa. Ahora faltaba entrarlo.

Abrí las puertas lo más que dieron y traté de entrarlo, pero no atinaba cómo hacerlo. Me pasé quince minutos tratando de acomodarlo, y nada, no le agarraba la onda. Mientras tanto, las muchachas de enfrente de ambos lados de la casa (mi casa es de esquina) se empezaron a asomar a sus balcones para ver el triste espectáculo. Yo ya estaba sudando frío, y ahora encima tenía público. Luego se sumaron varios vecinos más a los espectadores. Una vez que logré una buena posición según yo, me decidí a entrarlo. Miré fijamente a la puerta, me concentré, volteé a ver al público que me apoyaba (no les podía fallar, sobre todo a la del culito rico que de los nervios se mordía el labio inferior), arranqué el carro, quité el freno de mano y fui avanzando lentamente. Todo indicaba que lo iba a lograr, así que avancé con decisión, hasta que la puerta derecha topó en el portón y le di su primer beso al maldito Yaris. Un suspiro de derrota se escuchó entre el público, más o menos como el que se escucha en el estadio cuando un jugador falla un penal. Ya la jodiste vos José, me dije. Tanto esfuerzo para cagarla de todos modos, has decepcionado a tus fans, te merecés la hoguera.

Al ver mi derrota, se asomó una señora samaritana que estaba entre el público y me dijo para dónde dar el giro y cómo acomodar el carro. Con sus instrucciones logré entrarlo, después de media hora de intentos fallidos, la vergüenza pública y el beso en la puerta derecha. Hasta la fecha le estoy agradecido.

Al día siguiente, y por tres semanas más, volví a sufrir de nuevo el mismo calvario.

El suicida

El lunes había tomado la decisión de suicidarme. Pero no como producto de una depresión severa o de alguna deuda o de alguna mujer desalmada que me hubiera traicionado. No. Simplemente la pura gana de llevarle la contraria a Dios, la naturaleza, el destino o como le llamen ustedes. ¿Cómo es eso que yo no puedo decidir cuándo acabar con esta vida (iba a decir de mierda pero mi vida no es de mierda)?

Le comuniqué mi decisión a mi amigo Humberto y él, como siempre, me dio su total e irrestricto apoyo. Esos son los amigos. Mi familia no lo entendió tanto pero la aceptó, porque una decisión así, tomada en ejercicio total de las facultades mentales, se debe respetar.

Ya con el apoyo de mis amigos y familia fui al puente El Incienso, el clásico punto de suicidio. Quería que la última sensación fuera de vértigo. Ya situado en el puente, decidí llamar a Humberto.

—Mirá mano, ya estoy aquí en el puente, a punto de tirarme —le dije envalentonado.

—Yo estoy con vos manín, vos sabés que podés contar conmigo para todo.

—Gracias vos, sólo llamaba para despedirme. Si voy al cielo o al infierno, vengo a contarte cómo es la onda, así como habíamos quedado.

—Orale pues. Pero te tirás de cabeza, sos hueco si no lo hacés.

—Me canso ganso. Así cuando me encuentren los bomberos tendré la cabeza insertada en el tronco, y no como con los morros que se tiran de pie, que tienen el fémur metido entre los pulmones. Yo soy de los huevudos manín.

—Orale pues, buen viaje.

Al terminar la plática, no voy a negar que me entró un poco de tristeza, al fin y al cabo soy un ser humano.

Ya estaba tomando impulso, cuando sonó mi celular. Algo se le ha olvidado al Humberto, pensé.

—Aló, qué onda —contesté apurado, ya la adrenalina estaba fluyendo.

—Hola tío, soy Paoli —dijo una vocecita al otro lado de la línea—. ¿Qué estás haciendo tío?

—Pues aquí trabajando —mentí.

—Hay te acordás de venir a mi piñata el domingo, te voy a dar tu sorpresa con dulces y juguetes para niño —dijo Paola, recordándome la celebración de su cumpleaños.

—¡Es cierto! El domingo cumplís los cinco, gorda. Tal vez no voy a estar.

—Yo me voy a poner triste si no vas tío —dijo con voz apagada la Paoli.

—Está bien, ahí voy a estar.

—¿Puedo colgar ahora tío?

—Sí claro.

Me quedé un rato viendo al vacío, con las palabras de la Paoli todavía sonando en mis oídos. Me volteé, subí la baranda de regreso y me fui caminando a la oficina.

Otra vez que no lo hiciste, sos un hueco, me dijo el Humberto cuando le conté. Soy un cobarde, qué le vamos a hacer, le contesté.

El indolente

Iba cruzando la plaza central de la Ciudad de Guatemala cuando vi al niño de unos tres años corriendo atrás de las palomas que suelen visitar la plaza. Se divertía a carcajadas viendo cómo le huían. De repente, una de las palomas que ahuyentaba el güiro voló de regreso en contra de la vía de sus compañeras, y fue a picotear en la cabeza al niño, que asustado, respondió llorando. Luego vino otra paloma envalentonada por el ejemplo de su compañera y también picoteó al niño. Al rato ya eran cuatro animales picoteando al infante, cual aves de rapiña. El patojo cayó al suelo derrotado por las aves enfurecidas, que después de unos segundos ya sumaban la docena. Alrededor del espectáculo nos formamos varios transeúntes curiosos, inmóviles y estupefactos. Las palomas lo hirieron por todos lados, y fueron llegando más, en la misma proporción que crecía el número de curiosos que veíamos el linchamiento palomar hacia el niño. Cuando dejó de respirar, las palomas desaparecieron.

Unos limpiabotas se acercaron para comprobar la muerte. Cerraron los ojos del niño y anunciaron que estaba muerto. Las mujeres se pusieron a llorar, los hombres miraban al suelo con los brazos cruzados. La policía y los bomberos fueron avisados y con ellos vinieron los reporteros, esa gente que se codea una con otra para estar más cerca o tomar la mejor fotografía. A uno de ellos le respondí que había llegado ya cuando había terminado el ataque de las palomas, que no sabía nada.

Un loteriazó en plena crisis

Hace un mes fui a sacar dinero a un cajero automático. Inserté mi tarjeta, tecleé mi clave y elegí el monto. El cajero hizo su acostumbrado ruidito de como que está pensando. Esperaba ver los cien quetzales que le pedí, cuando veo venir cinco billetes de cien en lugar de uno.

No recordaba haber tecleado mal, las teclas de 100 y 500 están suficientemente separadas como para cometer ese error. Volteo a ver a todos lados y no me ha visto ninguno, me embolso el pisto. Ahora pido que me dé el saldo, que aparece como me lo ha depositado la empresa, mi salario está completo, ayer sólo tenía cinco pesos en la cuenta. Entonces pruebo sacar otros cien, a ver qué onda. Tecleo la cantidad, el cajero hace el ruidito hueco y espero. De nuevo salen otros quinientos pesos, me los embolso rápido, miro a todos lados, no hay nadie mirando. Pruebo de nuevo y salen otros quinientos, y otra vez y otros quinientos. Ya tengo dos mil varas. ¿Me quedo o continúo? El saldo sigue igual, nadie me esta mirando, lo más que puede pasar es que mi cuenta mañana esté a cero porque ya saqué todo mi salario. Pruebo de nuevo y salen otros quinientos tukis, esto se está poniendo cada vez más bueno. Se acerca un impertinente y le digo que no sirve el cajero y que parece que se ha tragado mi tarjeta. El cuate algo asustado se va a la chingada (a saber qué cara le puse) y quedamos solos otra vez el cajero y yo. Luego de sacar cinco mil, mejor decidí irme, no sea que se chingara la onda esa y se quedara mi tarjeta adentro.

Al siguiente día, solicité mi estado de cuenta en una agencia de banco. Mi sueldo seguía intacto hasta el último centavo. De nuevo saqué cinco mil de quinientos en quinientos, y el saldo seguía igual. Volví al otro día y otros cinco mil. Había encontrado la gallina de los huevos de oro. Fui fiel al monto de cinco mil, si me pasaba, probablemente se acabaría el encanto.

Después de diez días de hacer lo mismo, el cajero parecía una fuente inagotable de dinero, pero me cuidé de no decirle a nadie nada, porque el hechizo se podía romper. Entonces pensé en que para qué quiero yo todo ese pisto que no es mío. Debería ser honrado e ir a la policía. Pero entonces

pensé que me iba a ir preso, me quitarían el dinero, se lo robarían los chontes y yo quedo bien pisado de todos modos. No era un buen plan.

Pasaron otros diez días y ya tenía cien mil quetzales.

Mi estado de cuenta seguía como si nada, no hubo llamada del banco, la gente al parecer retira su dinero normalmente de ese cajero. Decidí pararla ahí, destruir la tarjeta y pedir una reposición al banco. Cuando la semana pasada me entregaron la tarjeta nueva, fui al cajero y felizmente logré sacar sólo cien quetzales, que ahora sí se rebajaron de mi cuenta. Aún no he decidido qué hacer con el pisto, apenas si me he gastado quinientos pesos porque he estado usando sólo tarjeta de crédito. No sé, tal vez me suba a un edificio alto y arroje a la calle todo (de hacerlo lo anunciaría en esta página), tal vez lo done a obras de caridad, tal vez viaje a Europa, no sé. Lo que me tiene un poco nervioso es que ayer en la tarde vi a un par de entacuchados de lentes oscuros dándole de patadas al cajero, desesperadamente.

Homo Sapiens 2.0

Hay tres cosas que espero que cambien cuando saquen la versión 2.0 del Homo Sapiens. La primera modificación que me gustaría para la nueva versión es que nadie engorde más allá de su peso ideal. Con un gen especial bien podríamos comer todas las pizzas, hamburguesas, embutidos, chicharrones, papas fritas, choripanes, pollos fritos, churrascos, hot dogs y pasteles tres leches que queramos, sin que esto afecte nuestra silueta. Ese es un fallo grave de la actual versión: no podés comer a tus anchas sin sentirte culpable por hacer tu panza más grande.

La segunda de las cosas es quitarle la exclusividad de tener hijos a las mujeres. Las mujeres son las únicas que están cien por ciento seguras de que sus hijos son de ellas, porque los vieron salir con sus propios ojos. En cambio, nosotros —el sexo sufrido— sólo lo sabemos por pura fe. Si tenemos suerte, nuestros hijos se parecerán a nosotros y podremos estar más tranquilos. Si no tenemos suerte, entonces tenemos que pagar un costoso examen de ADN, por el cual recibimos una reprimenda de nuestras mujeres que quieren siempre que les creamos, aunque ellas no nos crean cuando les decimos que estuvimos trabajando hasta tarde y que el pintalabios en el cuello de la camisa no significa nada.

La tercera y última modificación que quiero para la versión 2.0 del Homo Sapiens tiene que ver con nuestra caducidad. Vivir unos 80 años es considerado como fortuna y llegar en buena salud, mucho más afortunado todavía. El problema es que cuando llegamos a esa edad somos ya viejitos, tenemos el pelo canoso, la piel arrugada, caminamos lento y los jóvenes nos miran con algo de desprecio, porque en su interior piensan y desean morir antes de llegar a viejos (aunque cuando llegan a una edad prudente para morir sin ser considerados viejos, quieren 15 años más). Lo mejor sería llegar a 25 años y quedarse con esa apariencia y energía hasta morir, digamos unos 200 años después.

Intentémoslo otra vez

En estos momentos usted está leyendo este libro porque lo compró en internet, o se lo prestaron, o se lo encontró por ahí y no sabe de dónde salió. Probablemente ya leyó otras historias de este libro, y para seguir con la lectura yo tengo que hacer algo, yo tengo que hacer que usted, de algún modo, llegue hasta el final.

Para este segundo párrafo, usted probablemente se esté preguntando qué diablos pretendo. Le confesaré que no pretendo mucho, que si usted abandona la lectura en este momento, justificado estará. Pero si a pesar de que no estoy diciendo nada, usted sigue leyendo, se lo advierto: usted sigue allí, bajo su cuenta y riesgo. Téngalo en cuenta.

Es posible, también, que ahorita sean las diez de la mañana y que a pesar de lo que tiene pendiente de hacer, usted está leyendo estas inútiles líneas. También es posible que tenga un teléfono celular a la mano y que en este preciso momento suene y usted vea que es un número desconocido y empiece a ponerse nervioso porque a usted no lo llama nadie que no sea amigo o familia. Y vuelve a mirar el número y trata de recordar si de repente ese número es de alguien conocido. Pero no, no es, y usted duda un momento para contestar y apacha desconfiado el botoncito para recibir la llamada. Y una voz desconocida le pregunta si usted es fulanito y después de que usted dice que sí, amenaza con matar a su ser más querido si no sigue al pie de la letra las instrucciones que le va a dar. Y usted empieza a angustiarse y a sudar frío y piensa solamente en que quiere que su ser querido esté bien, que tiene que hacer todo lo posible para salir de esta. El secuestrador le advierte que no debe llamar a la policía y que estará en comunicación, que él será el que llame. Usted le replica que quiere estar seguro de que su ser querido está bien. El secuestrador contesta que se comunicará en dos horas y que es mejor para usted que conteste. Usted tiene un nudo en la garganta y empieza a temer que en realidad algo malo le pase a su ser querido y empieza a figurarse el dolor que sería que no pudiera rescatarlo.

Y luego que pasan las dos horas, el secuestrador vuelve a llamar y pide 50,000 pesos y usted replica que no los tiene, que sus ahorros apenas llegan a los 15,000, que por favor no le haga nada a su ser querido, que si quiere le da todo lo que tiene, pero que no le haga nada a su ser querido. Y el secuestrador cuelga con un gran golpe del teléfono y usted empieza a sentir una gran desesperación, quiere tirar todo lo que tiene a la mano y se da cuenta de que todas las banalidades como tener carro y conexión a internet y leer estupideces en internet son inútiles y que cambiaría todo por tener a su ser querido a la par, cuando de nuevo suena el teléfono y es el secuestrador que le dice que está bien, que acepta los 15 mil, y le pone a su ser querido a decirle que está bien y que no juegue con los secuestradores y que les de lo que quieren, y el secuestrador interrumpe y le dice que quiere los 15,000 pesos en efectivo en una bolsa de plástico negra y que quiere que los deposite en un bote de basura en el comercial tal dentro de dos horas y que si cumple nada le pasará a su ser querido. Y usted va disparado a sacar el dinero y mira a toda la gente en la calle y en el banco tan tranquila y tan campante y tan espantosamente ajena a su angustia y desesperación. Y va y deposita el dinero en el bote de basura indicado y un hombre grandulón se asoma desde lejos y lo mira y le indica que vaya para el estacionamiento y usted va, mientras otro tipo pequeño corre hacia el bote de basura y recoge la bolsa y le hace señas al otro cuate grandulón que agarra su celular y llama presuroso y le hace señas de que no lo mire y siga al parqueo en donde de un carro de vidrios polarizados baja su ser querido casi tirado por otros dos tipos que arrancan rechinando llantas y que recogen a los otros dos tipos que usted ya había visto. Y usted va y corre y con lágrimas en las mejillas abraza a su ser querido y siente un gran alivio y da gracias a Dios y mira cómo un señor gordo se le queda mirando, tan lejano y tan ajeno a su alegría.

Pero lo más probable es que no haya sucedido nada de esto. Que usted en estos momentos esté maldiciéndome por haber escrito algo tan cruel. O que piense que a lo mejor usted lo hubiera dicho

de otra manera, que la forma en que lo narré es una buena idea pero que no le convence mucho el recurso de la manera en que fue utilizado y que usted habría cambiado el final. O que piense que un secuestro real es mucho más dramático y que apenas si logré rozar un poco esa realidad, aunque tal vez sea un buen intento de principiante. O qué se yo.

Cosas que te pueden funcionar

Hay varias cosas que funcionan. Hacerte la víctima de algo o de alguien siempre te va a atraer simpatizantes que te defiendan, porque siempre quieren creerte, no me preguntés por qué, pero quieren creerte. Podés escoger a la sociedad como victimaria, y en especial a aquel cura que en secundaria te obligaba a rezar el padrenuestro. Cuál fue tu sorpresa —le dirás a la mara— al descubrir que Dios no existe y que mucho menos podía ser cristiano. Entonces, ¡zas! tenés a la gente diciendo que sí, que es cierto, que la Iglesia por siglos ha sojuzgado al pueblo y es hora de enseñarle que hay libertad, aunque al etéreo y difuso pueblo del que hablás no le importe porque lo que le interesa es tener una explicación del más allá y una idea de por qué hacer el bien es mejor. Y tenés, por otro lado, a los fanáticos religiosos (no todos serán fanáticos, pero a vos te conviene decir que sí) que te mandan mails y cartas regañándote o compadeciéndote, y te regocijás porque les lograste provocar ronchitas, aunque claro, ese no era tu objetivo, tu objetivo era decir la verdad tal cual es, porque aquí en este país nadie se atreve a decirla. Conviene usar siempre el plural (por ejemplo “ellos”), porque si decís que sólo fueron dos, no la vas a hacer.

También está aquél método de acudir al corazón. Le contás a la gente que aquella tipa te dejó y que te estuvo engañando a pesar de que vos pensabas en ella para envejecer juntos y para madre de tus hijos. Y entonces viene la gente y te dice que la tipa no te merecía, que vos tenés un gran corazón, y que ella se lo perdió. Aunque en el fondo sepás que la tipa se fue porque vos andabas calentón por otra, pero claro, eso es mejor que no lo contés, porque a la gente no siempre le interesa el asunto aquel de la sinceridad, sino más bien el del cuento creíble.

Podrías también recurrir al truco de atacar a los famosos. Escogés a un cuate que reciba bastante más atención que vos y le apuntás a matar y descubris todas sus verdades y le decís en su cara las cosas, porque vos vas siempre de frente (vos no fuiste el que mandó esos mails abusivos y esos comentarios anónimos). Entonces, con algo de suerte, le habrás pegado al famoso en su amor propio y éste responda y se arme la polémica y todo el rollo. Lo que debe quedar claro es que vos buscás la verdad, nada más, la polémica no te importa.

También podés recurrir a la manera inversa, o sea, deshacerte en elogios a los poderosos y famosos (con disimulo y sin fruición), porque todos llevamos una cosa bien adentro llamada ego que quiere siempre aplausos y que tiene la lógica de que aquel que tanto aplaude no puede ser del todo malo, algo habrá de sinceridad, qué se yo, ayudémoslo, parece buen tipo, hoy por tí mañana por mí.

Por último (no porque sólo hayan estos métodos, sino porque no se me ocurre otro por el momento), está aquella fórmula de inventarte historietitas que tengan en parte lo tuyo, en parte lo de otros y en mínima parte lo que te inventás vos. Porque ahí todo está en clave, y los criticados pueden hacerse los locos. Y vos también. Pero no digás que lo tuyo es arte, porque luego tenés explicar por qué es arte, por qué lo del otro no, o por lo menos no tanto, y eso es aburrido.

Habitantes de la Tierra

Hace algún tiempo José Joaquín era un hermoso niño de cinco vivarachos años. Una noche antes de dormir, su papá se sienta en la cama de él a platicar. José no parecía tener sueño. De repente, le pregunta a su papá: “papa, ¿cuántos habitantes tiene la Tierra?”. Papá se sorprende de la pregunta, y como no sabía el dato, le contesta que no sabe.

Después de dejarlo dormido, papá le comenta a mamá la curiosa pregunta del patojo. Papá pensaba que para un chirís que apenas cuenta hasta diez, el dato no iba a tener sentido. Mamá se la toma en serio, y recomienda a papá buscar la respuesta para satisfacer la curiosidad del niño. En ese entonces la cosa no estaba tan fácil como ahora que sólo tenés que ir a Google.

A los dos días, papá trajo la respuesta: 3,000 millones de habitantes.

José Joaquín escuchó sin inmutarse y respondió serio:

—Esos son los vivos, ¿y los muertos?

Cuidado con las rasuradoras

El viernes me corté groseramente con la rasuradora justo debajo de la fosa nasal izquierda. De la izquierda mía, no de la de ustedes. Me empezó a salir sangre roja, como la que me suele salir en estos casos. Después de algunos minutos de profusa hemorragia, dejó de salir. Luego me senté en la computadora a ver mis correos electrónicos y en un movimiento que no entiendo, me pasé trayendo la herida y cayó una gota de sangre en el teclado, sangre roja, otra vez. Esperé que coagulara y salí para el trabajo. En la camioneta me fui parado y otra vez me pasé trayendo la herida, comprobándome a mí mismo lo torpe que soy. Una gota de sangre roja para mi desgracia cayó en el generoso busto que llevaba semidescubierto una sensual señorita que iba sentada del lado del pasillo y que volteó a verme con gesto de desaprobación. Yo tuve la intención de sacar mi pañuelo y limpiarle el área, pero me pareció que no era buena idea. Ella con el dedo índice de la mano derecha limpió la gota de sangre y a continuación se lo chupó, me volteó a ver con el dedo todavía en la boca, y luego de sacarlo lentamente, me hizo un guiño y sonrió dejando ver sus blanquísimos colmillos de vampiresa. Sonreí nervioso, me disculpé torpemente y de inmediato me bajé del bus.

Las mamás buenas deben creerle a sus hijos

Una noche que regresaba del trabajo y venía aburrido, iba delante de mí, caminando por la acera, una señora algo gordita con bolsas de supermercado en las manos. De pronto la alcancé, pero como estaba caminando casi a la misma velocidad que yo, hubiera tenido que acelerar para rebasarla y no quise hacerlo porque me dio hueva. Así que caminamos juntos durante algunos metros, ella adelante, yo atrás.

La doña se sintió perseguida y empezó a voltear de reojo con gesto asustado, y de repente, la muy loca empezó a correr. Yo aceleré el paso, y como estaba en mejores condiciones físicas (cuestiones de edad y talla), seguía pegado a ella sin mucho esfuerzo. La gorda entonces aceleró su corridito y yo

aceleré también hasta casi trotar, y seguía pegado a ella. La señora de cuando en cuando hacía reojos y constataba que yo seguía atrás. Por fin, cuando llegamos a un lugar oscuro tuvo que parar y casi ahogándose por el esfuerzo, me dijo angustiada, entre resoplo y resoplo:

—Llévese todo mi dinero, pero no me haga nada.

—Pero señora, no entiendo, yo sólo caminaba atrás de usted.

—No voy a avisarle a la policía, ni nada —contestó sin entender lo que le había dicho—, tome tome, llévese mi monedero, ahí están los 500 quetzales de mi pago de hoy —dijo extendiendo la mano temblorosa con un monedero de tela típica.

—Señora disculpe, pero yo no tenía ninguna intención de molestarla. Yo sólo le seguía el jueguito.

—No no, váyase y déjeme tranquila, ya bastante tengo con el marido mantenido y borracho que tengo. Déjeme en paz.

Al ver que la doña estaba en su propio mundo, no tuve más remedio que salir corriendo con mi monedero de 500 quetzales.

En la casa tuve que soportar las malas miradas de mamá que desconfía de que lo que digo sea cierto. Lo bueno fue que con eso se pagó el internet y el teléfono que papá no quería pagar, porque dice que yo sólo ando malgastando el pisto en chat y pornografía, cosa falsa, por supuesto.

De fantasmas y aparecidos

Por más de 35 años, mi papá tuvo la oficina en la sexta avenida de la zona uno de la capital de Guatemala, a tres cuadras del Palacio Nacional. Esta es una zona muy comercial, pero hace rato que ya no tiene el glamour de otras épocas.

Cuando terminaba la jornada de comercio (alrededor de las seis de la tarde) se reducía sensiblemente el ruido y entonces los que estábamos ahí, fácilmente escuchábamos cuando alguien abría la puerta de abajo (estábamos en segundo nivel), subía las gradas y entraba a la oficina. A veces no era nuestra gente sino la de la oficina que compartía el piso con nosotros. Hasta ahí todo bien. Pero algunas veces se oía nítidamente todos los sonidos de gente entrando, pero que nunca llegaba hasta la oficina, ni a la de enfrente. Se escuchaba la llave dando vueltas a la cerradura de la puerta, los pasos subiendo las 28 gradas hasta el segundo nivel, y nada más. Algunas veces salíamos al lobby que separaba las dos oficinas para ver si mi papá se había quedado revisando algo, o qué onda. Pero nada.

Nosotros nunca le pusimos mucha atención al asunto, porque sabíamos que el cerebro suele jugar nos malas pasadas y que el crujir de los materiales al contraerse por el enfriamiento que viene con la noche, bien podía provocar (junto a nuestros traidores oídos) toda la sensación de alguien entrando.

Me gustaría creer que eran fantasmas visitándonos. Me hubiera gustado ver alguno y saludarlo. ¿Qué daño te puede hacer un muerto, si los vivos son los que chingan?

Ahora en el mismo local hay un billar y cuando paso enfrente me pregunto si ellos también escuchan esos ruidos y si salen al lobby a comprobar que no hay nadie más que ellos. Y pienso que cuando muera, si me convierto en ánima y regreso a la tierra, seguro que visito la oficina de la sexta avenida. Abriré la puerta y volveré a subir esas 28 gradas, aunque si hay gente, tal vez no me atreva a entrar más allá del lobby.

Cosas que pasan

Una vez me puse a correr como loco en la universidad. Me tiraba al pavimento y me levantaba como si nada, no me dolía, volvía a tirarme y no me dolía. Parecía que tenía suficiente energía para correr eternamente, yo era el maldito supermán. Me reía puro idiota y seguía corriendo. Salí de la ciudad universitaria y me fui para la casa por el periférico, y seguía corriendo a toda velocidad, sin cansarme. Y me ponía enfrente de los trailers y justo cuando me iban a pegar me tiraba a un lado y los esquivaba y me reía de ellos puro loco. Y después seguía corriendo a toda velocidad, y no podía detenerme, de pronto tenía toda esa energía acumulada de años de estar bien portado atendiendo y haciendo caso de todas las reglas de la sociedad. Llegué a mi casa y no abrí la puerta, de un brinco me salté la pared y estaba adentro y entré y no había nadie ni nada, era sólo una casa vacía y entonces me puse a caminar por las paredes y el techo y hacía triples saltos mortales y me tiraba de cabeza y rebotaba y caía parado. Cuando me aburrí salí otra vez a la calle y corrí y corrí y empecé a angustiarme porque no me sentía cansado y no podía parar, cuándo se va acabar esto, pensaba. Ya cuando iba llegando a Antigua Guatemala, decidí parar y sentarme en una banqueta al lado de la carretera, a esperar que se desacelerara mi corazón, porque en una de esas podía explotar. Tomé una camioneta para regresar a la casa, y cuando llegué todo estaba de nuevo en su lugar, para mi alivio. Entré a mi dormitorio y dormí por los siguientes tres días.

Bodas

Llegó una invitación de boda. Un par de tórtolos enamorados van felices al matadero, pobrecitos. Para dar una idea de lo colgados que están uno del otro, adjunto a la invitación llegó un recuerdo de la boda: una bolsita de tela dorada que contenía un CD con sus catorce canciones preferidas, acompañado de una tarjetita titulada Nuestros Temas y la lista impresa. Al parecer el nuevo matrimonio es fanático de Juan Luis Guerra, quien domina su Top 14 con cuatro canciones. Manu Chao, Andrea Bocelli, Bacilos y Phil Collins también están incluidos en el disco.

La primera boda a la que me recuerdo haber asistido es la de mi hermana, cuando tenía tres años y medio. Yo era uno de los pajecitos y llevaba un traje café y cara de cachorrito huérfano. Apenas uno tiene un poco de tiempo viviendo en la Tierra y ya le están encomendando responsabilidades de sociedad. La iglesia era grande (años después descubrí que yo era el pequeño) y había bastante gente. Quise hacer un papel digno, caminé hasta el altar con la cabeza erguida y altiva, sosteniendo con firmeza y decisión el cojín con los anillos. Si no hubiera sido por un pequeño tropezón (alfombra tonta), mi papel habría sido perfecto y recordado de generación en generación. Lo importante fue que me levanté y seguí hasta el altar para cumplir con mi misión. No sin después terminar llorando en el regazo de mi mamá.

La sonata K448 y la inmortalidad de Mozart

Según algunos científicos, la sonata K448 para dos pianos de Wolfgang Amadeus Mozart, tiene efectos sobre el cerebro, y llega en ocasiones a mejorar el cociente intelectual por algunos minutos. Es decir, si usted escucha esa sonata, en teoría se vuelve más pilas.

Lo que no saben los científicos, es que Mozart construyó a partir de esa sonata una especie de túnel del tiempo. A través es esta melodía, Mozart viaja del pasado y toma posesión del cerebro de algunos de los que escuchan, y éstos se vuelven más inteligentes, puesto que ya es de todos conocido que el gran maestro Mozart es uno de los grandes genios de la historia. Albert Einstein lo sabía y por eso cuando formulaba su teoría de la relatividad (que insinúa que viajar en el tiempo es posible), escuchaba todo el tiempo la sonata K448 y venía Mozart a complementar su genio, y a colaborar silenciosamente en la creación de complicadas fórmulas físicas que revolucionaron la ciencia y la tecnología para siempre.

Así que a Mozart no sólo le debemos geniales composiciones musicales, sino también, en parte, la teoría de la relatividad. Sé que los visitantes de este sitio probablemente no me tomarán en serio, pero a pesar de lo increíble que pueda sonar esto, les estoy hablando con la verdad.

El espíritu se parece a la música; no se puede tocar ni ver, sólo se puede sentir. Y es ahí donde el maestro trazó su estrategia de inmortalidad: en las notas de esa sonata está su espíritu, él se entregó totalmente en esa composición hasta transformar su alma en ondas sonoras. Cuando se ejecuta esa melodía, es como si resucitara e infundiera una avasallante energía que posee el cerebro del oyente.

Me gustaría darles alguna bibliografía o algún enlace que hablara del tema, pero no es sino hasta hoy —en un hito histórico de la humanidad— que transgrediendo las reglas de mi religión publico esto. Si algún día descubren que yo he revelado el secreto, es probable que me desaparezcan, y conmigo al blog. Sin embargo, mi misión de llevar la verdad a todo el mundo a través de este blog ha sido más fuerte, y por eso es que comparto con ustedes lo que sé, esperando que algún científico serio estudie y explique el fenómeno o demuestre que lo que digo es falso.

La importancia de saber virar a la derecha

Después de los ensayos me toca ir a dejar en el carro a Pancracio y a su teclado Korg. Para llegar a su casa antes tengo que hacer un retorno en la carretera hacia la izquierda y luego cruzar a la derecha, en la única entrada a la colonia de Pancracio. Pero la vez pasada íbamos hablando de A y B y a pesar de haber hecho el retorno, no crucé a la derecha, así que tuve que ir a buscar un retorno para volver a hacer el retorno que nuevamente me pondría en camino a la entrada de la colonia de Pancracio, que como les dije está a la derecha. Al llegar al punto de entrada, no obstante, no me sentí en capacidad de hacer el viraje a la derecha. ¿Y por qué no cruzaste?, me dijo extrañado Pancracio cuando pasamos de largo. Porque no sé por qué, le dije, simplemente no puedo virar a la derecha. Nuevamente hicimos el recorrido y esta vez Pancracio iba atento, y viendo que al parecer no podría virar de nuevo, intentó forzar el timón hacia la derecha, pero pude más yo y no lo dejé, así que otra vez fuimos a buscar el retorno para regresar al retorno.

Al llegar de nuevo al punto de viraje, paré el carro, porque sabía que no podría hacerlo. Es decir, no podría virar a la derecha e ir a dejar a Pancracio y a su teclado a su casa. Como Pancracio no sabe manejar, teníamos dos alternativas. Una era llamar a algún amigo para que llegara a hacer el tramo final (alternativa que descartamos porque no llevábamos celular) y otra que Pancracio caminara con

su teclado los cuatro kilómetros que faltaban. Optamos por la segunda alternativa. Pancracio se puso en camino, y a pesar de que no lo llevé hasta su casa, no se despidió molesto, sino más bien preocupado. Para regresar el carro a la casa, tuve que ir en camioneta por mi hermano, afortunadamente el carro todavía estaba allí cuando regresamos.

Al siguiente día fui con un psicólogo a que me explicara qué me pasaba y cómo volver a la normalidad. Me atendió muy amable, me dijo que es un nuevo mal que afecta a todos los que tenemos alguna tendencia anti-neoliberal, es decir, a los colectivistas perdedores, marxistas a ultranza, y en fin, a todos los que envidiamos a los empresarios competitivos y exitosos que hacen patria y que estudiaron en la Universidad Francisco Marroquín. Me dio una terapia que consiste en jugar una hora diaria con un Nintendo que tenga algún juego de autos, con su respectivo timón de mentiras, por supuesto. Virar a la derecha es lo mismo que virar a la izquierda, sólo que al revés, me explicaba. Sí, pero yo no puedo, replicaba yo.

Compré el bendito Nintendo pero no fue sino hasta ayer, después de dos semanas, que logré virar a la derecha. Poco a poco iré acostumbrándome a hacerlo rutinariamente y volveré a mi vida normal. La clave será, según me dijo el psicólogo, el apoyo de mi familia y amigos.

Devoción

En la casa de mis abuelos maternos había una imagen de Cristo crucificado de regular tamaño, hecha de madera. Como ellos tenían una farmacia, algunos de los clientes se enteraban de la existencia de la imagen y a veces entraban a rezar frente a ella. Una vez llegó un humilde albañil, que con gesto calmado pidió que lo dejaran entrar para rezarle al Cristo, a lo cual accedió una de mis tías, la que estaba atendiendo la farmacia. A los cinco minutos otra de mis tías estaba echándolo a patadas de la casa, indignada y furibunda. El hombre estaba pidiéndole al Cristo que le ayudara a juntar sus centavos para ir donde las putas.

Santa Claus vrs. Reyes Magos

Pablo y José Joaquín platican por la malla que separa sus casas, un 25 de diciembre, en el siglo pasado:

—A nosotros nos trajo regalos Santa —dice Pablo.

—Santa Claus no existe —responde José Joaquín—, son tus papás los que te regalan los juguetes, ya despertá y crecés. Los que sí existen son los Reyes Magos y ellos sí traen buenas chivas, no cosas chafas así como tu Santa de porquería.

—¿Y cómo lo podés probar? Vos no sabés nada, a vos es el que te tienen engañado. Todo el mundo cree en Santa, sólo vos y tu hermano andan con esas muladas de los Reyes Magos.

—A ver, en Navidad se celebra el nacimiento del niño Jesús, ¿no?

—Simón.

—¿Y qué tiene que ver el gordo ese con Jesús, eh? ¿Era su padrino de bautizo o algo así?

—Pues para que veás, Santa Claus es el papá de Jesús.

—Si serás bruto, el papá de Jesús se llama José.

—¿Ah sí? ¿Y por qué no viene él y nos regala juguetes?

—Pues porque no tiene pisto. Los que sí tienen pisto son los Reyes Magos. Por algo son reyes y son millonarios y viven en un castillo. De tu Santa de porquería no se sabe de dónde saca el pisto.

—Él tiene su propia fábrica, así que no tiene que comprar los juguetes, mula.

—Eso sí es cierto, el otro día lo vi en la tele. Pero no viene teletransportado como los Reyes, tiene que usar un anticuado trineo y es imposible que reparta los juguetes a tiempo.

—Lo que su sucede es que con vos no llega, porque no creés en él.

—Bueno, ya dejáte de babosadas y enseñáme qué te trajo el viejo timbón ese.

Morado

Muy temprano por las mañanas, se levanta la morenita de la esquina. Se asoma a la ventana y mira a la casa de enfrente, donde está su príncipe azul, a ver si ya se levantó y si está tomando el desayuno con periódico, como acostumbra. Siempre está lista para cuando él va a salir, pero no todas las veces sale al mismo tiempo para no darse color. Si salen al mismo tiempo, ella finge no verlo, sólo se acomoda los lentes y mira al suelo aparentando pensar en algo importante. El sólo la mira y piensa esta chava qué onda qué rollo y ambos caminan hacia su lugar de trabajo, en dirección contraria.

Ella no encuentra la manera de decirle, de abordarlo, de gritarle que está loca por él. Planea durante semanas la forma en que se lo va a decir, ensaya frente al espejo, habla con la Virgen de Fátima y le cuenta, pero cuando llega la hora y lo ve, le ataca una náusea maldita y le falta la respiración y empieza a sudar y se pone estúpidamente roja.

Un día de tantos, no lo ve desayunar. Debe estar enfermo, piensa. Se angustia a muerte cuando sale y ve al carro funerario arrancar frente a su casa, y corre detrás como poseída, con el corazón explotando en sus oídos, lo alcanza y lo hace detenerse. Y lo ve allí, a través de la ventanilla, con su rostro lloroso. Se acerca y él le cuenta que ha muerto su mamá, y ella al abrazarlo sin querer le da un cabezazo que le deja el ojo morado.

Switch

Era mediodía y las tripas estaban protestando, así que pasé a una gasolinera a comer un hotdog. Cuando salí del carro se acercó un viejito a venderme flores, le hice señas de que no quería y entré en la tienda a pedir mi hotdogito. Me estaba comiendo el hotdog cuando un cuate que había entrado antes que yo, se volteó de su mesa y me regaló una pepsi sin destapar, ya no me la voy a tomar, buen provecho, me dijo. Se la recibí algo extrañado, pero la abrí porque ya me había terminado mi coca, me tomé la mitad, me acabé el hotdog y salí. Al arrancar el carro, el viejito se acercó nuevamente y me ofreció otra vez las flores. Cuando lo vi pensé, “algún día de repente, quién quita, voy a estar como este viejito, con parkinson leve y vendiendo flores para sostenerme”, y acepté, busqué el dinero y le pagué. Cuando le di el vuelto y se fue, me quedé pensando en cómo ese cliente de lentes al que le acababa de vender las flores me recordaba a mí cuando era joven. Ahora voy a comprarme un hotdogito, que las tripas están protestando.

Blogfans

Una amiga mexicana me contaba el caso de un blogger demasiado exitoso, que quiso abandonar el blog agobiado por los fans. Era su amigo y vivía enfrente de la casa de ella, en un suburbio del DF. Como cualquier otro ejecutivo de mediana tabla, con conexión a internet y un poco de tiempo de ocio, badboy (ese era su nick) descubrió el mundo de los blogs y decidió poner el suyo. Lo único que quería era escribir ficción fácil para relajarse. “El blog al menos tendrá un lector que se divierta: yo mismo”, decía en uno de sus primeros posts.

El blog pasó sin pena ni gloria durante un año, pero luego del primer aniversario el número de visitantes empezó a crecer demencialmente. Al principio badboy se alegró y colocó un banercito de publicidad, que en menos de un mes ya estaba generando en dinero lo que él ganaba con su puesto gerencial. La parte que no estaba bien o por lo menos no era normal, era la de los comentarios. Cada post tenía más de 300 comentarios, con 250 comentaristas diferentes de promedio. Y todos, sin excepción, felicitaban de forma casi enferma cualquier cosa que él escribía. “Hasta yo me contagiaba de esa emoción, y comentaba casi entre lágrimas”, me confesaba mi cuata.

Al terminar el primer mes después del aniversario, badboy ya contaba 500 comentarios por post. Todos seguían en el mismo tono, con palabras exageradas de admiración hacia su escritura, poemas y acrósticos dedicados a badboy, mujeres y hombres proponiendo sexo, a pesar de que la foto que aparecía en su perfil era la de un cuate terriblemente feo. Badboy empezó entonces a escribir más light, lo más cursi que se le ocurría, con faltas de ortografía y mala redacción, pero la gente seguía igual. “Gracias maestro”, “me hiciste emocionar”, “te quiero”, “genial”, “eres lo máximo wey”, “sos un capo, ídolo”, escribían los alucinados comentaristas, aunque el post tuviera una sola línea, y mala.

Los comentarios seguían aumentando de forma anormal, para el segundo mes ya eran varios miles por cada post publicado. Si él decidía no escribir, empezaban las reclamaciones furibundas, los insultos, los mails amenazando de muerte e incluso intimidantes llamadas de teléfono a su casa, porque hasta eso habían logrado averiguar. Badboy estaba secuestrado por su propio público, al que ya no le importaba nada más que él siguiera escribiendo para satisfacer su enferma adicción. Cuando un día no publicó por la tarde, como solía hacerlo, por la noche tenía en su casa a una docena de fans somatando la puerta y exigiendo un nuevo post. Badboy notó que muchos de ellos rieron dementes y babeaban como idiotas cuando les anunció que ya había escrito un nuevo tema.

Badboy decidió entonces escapar a Guatemala, donde tenía parientes cercanos viviendo. Un día viernes publicó el que sería su último post, arregló sus maletas y empezó a cargar el carro, pero uno de los fans babeantes de la otra noche lo vio y fue a llamar a sus compañeros idiotas. En menos de cinco minutos estaban ya unos veinte fanáticos rodeándolo y reclamándole su huída. Lo hicieron entrar en su casa a la fuerza, y mi amiga —que vio todo esto desde la ventana de su casa, estupefacta—, sólo alcanzó a escuchar algunos gritos de terror y luego la policía.

Llaman a la puerta

Llego a mi casa, noto que olvidé las llaves y entonces toco el timbre. Mamá responde por el intercomunicador y le digo que soy yo y me pregunta que quién yo y yo le digo que soy yo, José. Ella cuelga el intercomunicador y al parecer sale, pero el que abre la ventanilla de la puerta es un tipo igualito a mí. Qué mierda —pienso—, ahora viene esa historia de que yo no soy yo porque soy el clon de mí mismo y toda esa vaina de las películas de ciencia ficción. Mirá —le digo al cuate—, ya mismo te me vas a la verga si no querés que te taleguee y te haga arrastrado. El cuate se queda pensando y dice algo supuestamente inteligente para tratar de confundirme (al fin y al cabo es igualito a mí), pero lo que dice son puras muladas de chavo recién salido de la pubertad. Y hasta ese momento me doy cuenta de que el cuate soy yo pero hace quince años, y que para la situación extraña, estoy comportándome sereno (es decir, el otro yo, el chavito que atiende). Me despido y le deseo buena suerte, porque si me quedo es posible que no esté preparado para verme y perdonarme lo que fui.

La cola del banco

Si vas al banco el día de pago que saliste tarde por culpa de López el contador —que en lugar de depositarte tu sueldo por internet, te hace un cheque— y necesitás el pisto para invitar a la chava de la recepción que al final de las cansadas te aceptó un cine, seguro encontrás que la cola sale del banco y termina a mitad de la cuadra. Resignado hacés la cola y tenés que estar ojo al macho para que nadie se cuele y cuando llegás a la puerta le caés mal al policía, que te registra hasta los zapatos y te dice que no alegués porque sinó no te deja entrar. Y entrás y no hay sistema, esperás media hora rezando para que vuelva y parece que dios sí te hizo caso y vuelve, pero sólo faltan 25 minutos para que cierren el banco y todavía hay cola. La cola empieza a avanzar y todo parece ir mejor, está caminando y llega hasta tres turnos antes que vos pero sólo un cajero atendiendo. Y pasan dos de los tres y ya sentís un poco de alivio, porque ya con el pisto invitarás a la recepcionista —que te está esperando en el edificio—, que no es que esté tan rica que digamos, pero tiene ese nosequé, usa un perfume que le queda rebién, es amable y buena onda, y cuando se pone su minifalda gris se ve fenomenal. Vas a ser chistoso, ameno y romántico, vas a sacar tu genial repertorio de frases ocurrentes y a la recepcionista no le va a quedar más remedio que darte un ardiente beso con lengüita, signo inequívoco de que este arroz ya se coció. Pero resulta que el tipo que está delante de vos en la cola, cuando le toca su turno saca de su portafolio mil cheques con mil depósitos y el desgraciado, ajeno a tu causa desesperada, no voltea a ver para que vos podás decirle que sólo vas a cambiar un pinche cheque. Cierran la puerta del banco y ya sólo vos y el cuate de los mil depósitos están de clientes. Por fin llegás a la ventanilla y el cajero te asusta diciendo que no hay fondos. No

puede ser, le decís vos casi histérico y él vuelve a revisar la pantalla y sí tiene fondos y te paga. Salís del banco hecho pistola para regresar al edificio y entonces mirás que la recepcionista ya no te esperó y justo está cruzando la esquina con López, el contador maldito que te pagó tarde para arruinarle la vida.

La muerte del Chato

Si hubiéramos sabido que el Chato se nos iba a morir en Xela, mejor nos hubiéramos quedado en nuestras casas todo el fin de semana viendo películas, fútbol nacional y fútbol español. Nos hubiéramos enterado de que el Chato se había muerto y habríamos ido a su funeral y habríamos moqueado en el entierro (porque el Chato era buena onda), y al final habríamos regresado a nuestras casas tranquilos, tristes, sí, pero tranquilos. Pero el viernes el Chato estaba necio que quería ir a un concierto de unos sus cuates rockeros en Xela y además que iba a visitar a una su tráida allá. Que sí hombre muchá, nos decía el Chato, que va a estar chilero, vénganse, yo pongo el carro, no me quiero ir solito porque muy aburrido, háganme la pala, nos quedamos en la casa de mi tío Luis que ahora está desocupada. Y sí dijimos nosotros y nos fuimos con el Chato. En el carro fuimos oyendo el CD del Buena Vista Social Club con ese montón de viejitos cantando música cubana, chico. Íbamos bien alegres echándonos las chelas, esperando que no hiciera tanto frío en Xela, pero dispuestos a la chingadera. Tuvimos que hacer varias paradas técnicas en el camino para comprar más chela y bocas y descargar líquido. El Chato iba tranquilo porque estaba manejando, y como nos vio que estábamos algo a moronga, no nos pidió a ninguno que manejáramos para que descansara. Llegamos como a eso de las seis de la tarde, y fuimos al bendito concierto de los rockeros y nos conectamos a varias de las cuatas de la tráida del Chato y nos las llevamos a la casa del tío Luis después del concierto. Y allí pusimos música a todo volumen y le entramos un cacho a la bailadera con los culitos, que ya con sus chelas encima, empezaban a tirar balón grueso. Y otra vez los viejitos del Buena Vista cantando en el barrio La Cachimba se ha formado la corredera, y nosotros con los culitos bailando pegadito. Pero entonces el Chato mero burro se resbaló cuando salía a hacer no sé qué al patio y se pegó un pijazo en la cabeza con la orilla de una grada y le empezó a salir sangre a chorros. Y empezó a convulsionar mientras uno de los viejitos en las bocinas estaba diciendo se volvió loco Barbarito, hay que ingresarlo, y todos ahuevados. Y el Chato seguía convulsionando, hasta que poco a poco se quedó quietecito quietecito, sin respirar ni nada. El Chato ya había estirado la pata; a todos se nos pasó la moronga al instante. Empezamos a pensar en qué putas íbamos a hacer, qué va a pasar. Pensamos que mejor nos lo llevábamos de regreso a la capital en el carro y les dijimos a los culitos que se fueran a sus casas que nosotros las llamábamos para avisarles qué onda cuando ya estuviéramos en Guate, pero la tráida se nos pegó y no nos la pudimos zafar. Le limpiamos la sangre al Chato y limpiamos el piso, la sangre era exagerada, en un ratito ya se había formado un charcón. Intentamos meter al Chato en el baúl del carro, pero no nos cupo bien, así que nos lo tuvimos que llevar sentado en el asiento de atrás, hay que ver cómo pesan los muertos, nos costó sentarlo bien. Nos fuimos hechos pistola, el acelerador hasta el fondo todo el camino. En Los Encuentros había un retén de policía, y nos ahuevamos un cacho, pero no nos hicieron la parada. Pero en San Lucas había otro retén y ahí sí nos detuvieron los policías y empezamos a sudar frío. Uno de los chontes pidió los papeles y quiso que nos bajáramos todos, pero le dijimos que el Chato estaba muy a verga y nos dijo que no había clavo, pero le tuvimos que dar cien pesos para que no siguiera chingando. Fuimos a donde un cuate que es doctor y le dijimos que el Chato se había caído en un bar de aquí cerca y que le había salido mucha sangre y el cuate doctor lo vio y nos dijo que ya estaba muerto, y pusimos cara de asustados y empezamos a chillar y a hacer pucheros y a pegarle con los puños a las paredes. Entonces llamamos a los papás y vinieron y también lloraron a moco tendido. Después vino la funeraria, el cuate doctor hizo el acta de defunción y se lo llevaron. Al otro

día lo enterramos y llamamos a los culitos de Xela para contarles que todo había salido bien, y que de repente el otro fin de semana íbamos por allá a parrandear.

Otro avión que no se cae

De pequeño tenía la certeza de que moriría en un desastre aéreo o como víctima de fuerzas ocultas que tratarían de callar mi lucha por los más débiles. Pero como nunca he luchado por los más débiles, estoy seguro de que moriré en un accidente aéreo de proporciones mediáticas. Con esa idea tomé el avión que me llevaría desde México a Madrid, idea que corría el peligro de volverse realidad cuando el capitán del avión anunció que el vuelo se retrasaría por un “pequeño inconveniente” con el sistema de frenos. Al pequeño inconveniente tuve oportunidad de verlo por la ventanilla: unas paletas del ala derecha no se movían. Entonces pensé, teniendo a la muerte rondándome, debería reflexionar sobre el sentido de la vida, debería recordar todos los buenos momentos vividos. Dedicué un par de minutos a tal menester y me puse a dormir un poco. Luego de dos horas el capitán anunció que ya estaba resuelto el clavo y que en ese momento arrancaríamos el vuelo. Empieza la cuenta regresiva, pensé.

Empecé a pensar en cómo debería ser mi actitud cuando anunciaran que el avión se iba a estrellar contra el mar. Creo que es cuestión de tener una actitud digna, una resignación serena y algunas lágrimas para demostrar que somos humanos y que nos duele decir adiós a la Tierra. Como en cualquier desastre aéreo —seguía pensando—, seguro surge más de alguna vieja histérica que se ponga en shock. Debido a mi preparación psicológica para el momento, mi deber sería darle un par de cachetadas y decirle que debería estar agradecida con la vida porque ya había vivido bastante, que mejor mirara cómo ese niño de la derecha va tan sereno y ella tan grandota con histeria. Con este gesto muy probablemente llamaría la atención de la rubia chichuda que estaba dos asientos adelante del mío, que me sonreiría pensando “este cuate sí que tiene una actitud digna y resignación serena”, y yo me acercaría y le diría en inglés que si salíamos de esta que la invitaba a un café y ella diría que sí en español, porque estaría segura que nos moriríamos.

Luego medité sobre sobre la pregunta existencial clásica: ¿para qué estamos en este mundo? y después de algunos minutos de seria reflexión sin encontrar respuesta, me dormí. De todos modos de estrellarse el avión, la caída libre del aparato y los gritos de los pasajeros me despertarían. Y cuando desperté, todavía estaba allí. Si uno espera mucho la muerte, la cosa es aburrida, pensé.

Yo le vine a contar mi vida

Bonifacio (Bacho para los cuates) es un señor de 44 años que anda buscando trabajo. Llega a las entrevistas con su pelo crespo un poco alborotado, camisa manga larga a cuadros, pantalón pachuco, calcetines de rombos y mocasines apretados. Lleva consigo un maletín del cual nunca termina de sacar sus cartas de recomendación y su desordenado currículum vitae. A cada pregunta del entrevistador le es imposible decir sí o no, o por lo menos decir un par de frases que contesten directamente. Si le preguntan que con quien vive, entonces suelta la historia de su abuela, una señora de 83 años a la que él sostiene y cuida, porque sus hermanos viven aparte y él es el único que le queda a la viejita, a la que como usted comprenderá ya se le olvidan las cosas y desvaría, aparte de su

problema de los riñones que últimamente le está molestando, pero ya está mejor. Viera cómo ha sufrido esa viejita, le mataron a dos de sus hijos, mis tíos, por un pleito de tierras. Pero gracias a Dios, ahí está todavía la viejita.

Cuando le preguntan qué hacía en su último empleo, Bacho contesta que más que todo se encargaba del sector de las ventas, aunque hacía mensajería y llevaba algo de las cuentas, porque le tenían confianza, pero mi jefe, como era pariente, usted sabe que por la confianza luego se hacen los locos para pagar y yo lo que quería era un ingreso formal y por eso ando buscando trabajo. Yo no es que presuma, pero desde los once años estoy trabajando, porque yo siempre he tenido eso, siempre me gusta ganarme mis centavos y no depender de nadie, porque el trabajo es sagrado, como decía mi mamá que en paz descanse, Dios la tenga en su gloria, pobrecita, el cáncer en la matriz se la llevó cuando estaba todavía jovenzona.

A la pregunta de si bebe o fuma en sociedad, Bacho dice que para nada, porque sufrió mucho con el mal ejemplo de su papá, que era buena gente, pero viera usted como le gustaba el trago y se ponía abusivo con mi mamá. La verdad es que yo ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que me eché mis tragos, porque hace algún tiempo sí le entré a los tragos, para qué le voy a mentir, pero eso fue en la temporada en que me dejó mi mujer y se fue con un carpintero desgraciado, de esos que hacen muebles para las mueblerías de la Bolívar. Pero de veras que ya ni me recuerdo cuándo me eché el último trago. Ahora eso de fumar sí nunca lo hice, porque no me gusta eso, aparte de que un mi tío se murió de cáncer en los pulmones por estar día y noche echándose los chancuacos, eso del cigarro sí nada que ver conmigo.

Por último, le preguntan sobre las metas de su vida. Pues más que todo, dice Bacho, yo quisiera enganchar un mi terrenito allá por Patulul, de donde soy yo, conseguirme una mi mujer que me respete y que me quiera, pero ya ve usted lo difícil que es ahora, las mujeres ya no respetan a los maridos. Yo creo que tiene mucho que ver eso de las novelas de la tele, porque les meten babosadas en la cabeza a las mujeres. Por eso es que hay tanto marero, porque las mamás ya no cuidan a sus hijos. Pero creo que Dios nos tiene que amparar y echar una mano, porque a la gente honrada Dios la ayuda. Si usted me da el trabajo, ya va a ver que no se arrepiente, a mí me gusta el trabajo.

La camioneta de la bella durmiente

El martes de la semana pasada, fui a la agencia de SAT central y para el viaje decidí usar nuestra popular y democrática camioneta. Luego de hacer las diligencias que necesitaba hacer, tomé una camioneta número 82 que venía medio vacía para regresar a la oficina. Al nomás subir, vi una bella colegiala que estaba dormida en uno de los asientos, con la cabeza recostada en una de las ventanillas y el asiento que tenía a la par, vacío. Tez morena clara, pelo negro lacio y largo, puro de Head & Shoulders, una boquita apenas entreabierta, un maquillaje discreto y una naricita coqueta. Lo mismo podía pasar como guatemalteca o filipina. Vestía un uniforme azul de colegio, con la falda un poco más corta de lo normal. Parecía ser de los últimos años de secretariado o magisterio. Llevaba en sus piernas su mochila grande, repleta, que por lo menos tenía que pesar 25 libras.

Me recordé inmediatamente del cuento de García Márquez en el que viaja en avión de París a Nueva York a la par de una mujer preciosa que duerme todo el camino. Yo sé que una camioneta de tercer mundo y las calles del centro cívico de la capital de Guatemala no tienen precisamente el glamour del aeropuerto de París, ni el de la primera clase de un avión, pero la bella durmiente que me tocó a mí, sí que era igualmente de fábula. Me senté, así como don Gabriel, a la par de la bella.

La chica tenía un aroma riquísimo. Yo no sé de perfumes, pero el que cargaba ella, unido a su olor natural de mujer, era encantador. No vayan a creer que me puse a olerle impunemente el cuello como un chuchito o algo parecido. No había que moverse o hacer ningún esfuerzo para disfrutar ese olor exquisito. Luego de una cuadra disfrutando la compañía de la bella colegiala durmiente, yo ya estaba totalmente enamorado, imagínense ustedes: yo, un vulgar escritor de posts de blog, con un encanto de mujer a la par, en un país de tercer mundo, en una camioneta destartada en el centro de la ciudad. Pero ni cuando estuve en Barcelona y Madrid (que sí tienen su cachito de glamour) me sentí a la par de tal portento de espécimen femenino.

Luego de avanzar tres cuadras, la chica dio un brinquito porque un gritón entró a la camioneta a vender dulces, medio se despertó, medio me vio y con suma naturalidad, como si fuese alguien de su confianza, se recostó en mi hombro y me abrazó, y luego siguió durmiendo en el más profundo de los sueños. Yo la abracé también y fuimos una feliz pareja durante unas diez cuadras, cuando de pronto despertó, me miró asustada, dijo ¡puta, ya me pasé de mi parada!, tocó el timbre, y bajó corriendo en la novena calle y novena avenida de la zona uno, desapareciendo a toda prisa con su mochila de 25 libras, su minifalda de colegio y una pequeña arruguita en el cachete izquierdo, la única huella que le quedó de nuestro viaje idílico.

Cómo engañarse a sí mismo

Lo primero es desechar todo tipo de razonamiento lógico acerca del tema en el cual nos queremos engañar, puesto que esto conduciría peligrosamente a encontrar la verdad. Engañarse a sí mismo bien puede ser un acto de piedad porque si uno es una persona odiosa no podría vivir consigo mismo si no tiene una visión distorsionada de la imagen propia.

Una vez desechado el estorbo de los pensamientos lógicos, se debe planear la mentira. Esta ha de ser cuidadosamente escogida, puesto que siendo nosotros inteligentes (vamos a asumir que así es), podríamos darnos cuenta de nuestro engaño, y al final no conseguiríamos engañarnos. Un método efectivo es hacer una sustitución de la verdad a través de repeticiones constantes. Por ejemplo, si nosotros sabemos que apestamos como escritores de blog, debemos repetirnos constantemente yo soy un buen bloguero y el público me ama por lo menos cien veces al día durante una semana. Al final de la semana, se hará una evaluación. Leeremos nuestros posts nuevamente y si notamos destellos de genialidad, sabremos entonces que vamos por buen camino.

Cuando hayamos logrado engañarnos totalmente, cuando a pesar de toda evidencia estemos convencidos de que lo que pensamos es cierto, conviene desechar los recuerdos de cómo lo hicimos. Si nos vienen a la mente pensamientos como “¿me estaré engañando yo mismo?” debemos negarlo rotundamente una y otra vez, hasta que ese pensamiento se parezca al ruido que hace una gota de rocío al caer a tierra en una húmeda mañana de junio, en un año de mundial de fútbol.

El tesoro de Pie de Lana

UNO

—Estoy seguro que el tesoro de Pie de Lana está en la casa de doña Tina, la maestra. Todo será cuestión de convencerla para que nos deje hacer un par de hoyitos y sacarlo. Le tenemos que dar una su buena parte, porque ni modo que se quede sin nada. Pero te digo, ese tesoro está en joyas y oro, deben ser por lo menos un par de milloncitos de pesos —le decía el Tono al Tito en la cantina de doña Tona, después de acabarse el primer octavo de la tarde.

El Tono de repente, de un día para otro, un día de tantos, había empezado a ver el futuro y otras cosas. Le dijo un día al patojo de don Tin, el de la panadería, que no anduviera en bicicleta porque había visto que un camión le iba a pasar encima ese día, pero el patojo sólo se burló, como hacían siempre todos los patojos de la cuadra con el Tono, y siguió echándose los roles en la bici. Un rato después de estar dando vueltas, el patojo mula no se dio cuenta de que venía una moto toda despetacada. La moto se lo pasó trayendo, lo hizo dar tres vueltas en el aire y el patojo cayó en frente al camión de la Pepsi que estaba parado frente a la tienda de doña Gladis. El de la moto se levantó rapidito y se fue a la chingada. Cuando el patojo de don Tin salió del hospital, vino contando que el Tono le había predicho que lo iban a atropellar, que no había sido un camión (gracias a Dios), pero sí había caído frente a uno.

Después el Tono adivinó que don Juan, el mecánico, se iba a pelear con el amante de su mujer, un tipo que llegaba a su casa en carro y de tacuche todos los martes y los jueves a las tres de la tarde, cuando don Juan no estaba. Un miércoles el Tono le dijo al Tito, su fiel compañero de chupe, que don Juan se iba a echar riata con el entacuchado al día siguiente. El Tito se lo contó a don Pepe, el carnicero, quien se encargó de pasar el norte a toda la cuadra. Por eso es que toda la gente estaba afuera de su casa el jueves en la tarde, esperando que algo pasara. Y ocurrió que don Juan regresó de su chance porque se le había olvidado su cédula y necesitaba cambiar un cheque en el banco. Al llegar don Juan a su casa, se encontró a los dos adúlteros empelotados en plena interactividad reproductiva. Don Juan se puso furioso y los sacó, desnudos como estaban, a la calle, en medio de insultos y disparos al aire de su 38 especial. Alguna de las doñas sacó un par de sábanas y los amantes tuvieron que esperar escondidos en la tienda de doña Gladis a que don Juan se fuera a la mierda, en medio de todas las bocas abiertas de la cuadra. Al regresar a la noche don Juan, encontró la casa totalmente vacía.

A esos dos adivinamientos siguieron el de la muerte de don Chus y el casorio de la colocha del lote 23. A don Chus lo mataron unos mareros al quererlo asaltar dos días después de que el Tono le diera un abrazo de bolo con lágrimas en los ojos, despidiéndose. Algunos pensaron que el Tono estaba prediciendo su propia muerte. Qué decir de la sorpresa que causó el repentino casamiento de la colocha del lote 23, a la que todos los hombres de la cuadra conocían rebien, una semana después de que el Tono dijera en la panadería de don Tin que a la mara se le iba a acabar la fiesta un día de estos.

Por eso es que al Tono no le costó mucho convencer a doña Tina, la maestra, para que los dejara a él y al Tito cavar algunos hoyos en su casa para buscar el famoso tesoro de Pie de Lana. Doña Tina dudó al principio, pero fue ella misma la que le entregó la piocha y la pala, un viernes, a las once en punto de la mañana.

DOS

Doña Tina era una maestra soltera y retirada que vivía con dos tías, también solteras, que se sostenían cómodamente de sus rentas. Se cuenta por ahí que alguna vez la señora Tina tuvo un gran amor, de esos que te vuelven loco hasta el ridículo y que el tipo con quien se iba a casar, una semana antes de la boda, se escapó. Años después alguien lo vio al hombre en una cantina llorando a moco tendido, pero no por la señora Tina, dicen.

El Tono y el Tito de vez en cuando la chuleaban para que les diera de almorzar, porque la señora Tina era buena onda sobre todo, aunque algo pendeja, todo hay que decirlo.

Entonces el Tono a las once en punto de la mañana de un viernes de marzo, tomó la piocha y empezó un hoyo en la parte de enfrente de la casa, a la par de un limonar que no había modo que diera limones y ante la vista de todo el vecindario, porque la casa de la señora Tina a pesar de un par de robos que había sufrido, no tenía más que una malla y una puerta de barrotes a través de los cuales se miraba sin dificultad hacia adentro. La primera que se acercó a supervisar el trabajo fue la colocha del lote 23. El Tito calentón se puso a platicar con ella, por aquello de que la que es vuelve, pensaba. El Tono se enojó y le gritó al Tito que dejara de casaquear y trabajara, que si no, ya no iba a tener su parte del tesoro, que se lo decía de buena onda.

Acto seguido, cuando el Tito tomó la pala, el Tono se puso a platicar con la colocha, que le preguntaba que cómo había visto el tesoro, que si en sueños o en visiones.

—Pues vas a ver colocha de mi corazón, que fue más o menos como dice la Biblia que se apareció Jesús resucitado —mentía el Tono—. Una noche, ya de madrugada, me levanté a oscuras a tomar un alcaselser, porque me habían hecho daño unas bocas que había comido. Y entonces vi un resplandor blanco con un cofre de metal abierto, con monedas de oro, joyas preciosas, collares y un montón de cosas más. Después vi clarita, como si fuera de día, la casa de la señora Tina.

La colocha sólo sonreía coqueta, y pensaba que se había equivocado de marido, que mejor se hubiera esperado, aunque el Julián no estaba nada mal el jodido, pero era pobretón.

—¿Y me vas a regalar algo del tesoro? —preguntaba la colocha, apretando un poco las chiches, acariciándose las costillas con las manos.

El Tono iba a responder que sí, que cómo no, cuando salió la señora Tina y le gritó a la colocha que se fuera, que no anduviera calentando a los trabajadores. La colocha dijo entonces que se iba, dio unos pasos para marcharse, volteó a ver al Tono, y se despidió con un guiño y sonrisa pura de colgate palmolive.

Después de la distracción los buscateros siguieron con su trabajo. Pero luego llegó el mediodía y la señora Tina les ofreció un su caldito de frijoles con queso de Patulul y tamalitos de chipilín, pero no dejó que el Tono destapara el par de octavitos que llevaba y se los arrebató diciendo que se los devolvería, pero al final de la jornada de trabajo.

A la tarde se asomó don Juan, el mecánico cornudo, y les empezó a ofrecer que cuando quisieran, que él les prestaba el pick-up si lo necesitaban. Doña Gladis, la de la tienda, se unió a la plática y les dijo que si querían huevitos para el desayuno de mañana, que pasaran por una su media docena a la noche, que al otro día necesitarían energías para continuar la búsqueda. Don Tin, el panadero, pasó por ahí cuando doña Gladis ya se iba y les entregó una bolsa con una tira de francés, unos panes de manteca y unas champurradas. Ya sólo les falta el cafecito, les dijo.

Y así pasó toda la cuadra saludando, menos don Pepe el carnicero, al que se le había metido que toda esa historia del tesoro de Pie de Lana eran puras cosas del cachudo, que Dios nos libre de los

desastres que van a ocurrir, esto no va a traer nada bueno, yo se los digo, los adivinamientos van contra lo que dice la Biblia, que él al principio lo había tomado normal, pero el pastor de su iglesia, que es muy sabio, le había dicho que esas son cosas del demonio, que tuviera cuidado, que ni loco se asomaba por ahí.

El Tono y el Tito, con tantas interrupciones en el primer día de trabajo, no avanzaron mucho, apenas hicieron un hoyo de unos cuantos centímetros de profundidad. Además de que se fueron temprano porque en la cantina de doña Tona les habían ofrecido que el primer par de octavos era gratis. La señora Tina se enteró de eso y ya no les devolvió los octavos que había confiscado.

La cruda no los dejó trabajar al día siguiente, sábado. De nuevo se volvieron a poner a moronga y sufrieron todo el domingo con la cruda doble, por supuesto. Llegó el lunes, y ya a las ocho de la mañana en punto, como si fuera un chavito boiescáut, fresco y dispuesto como una lechuga, el Tono estaba en la puerta de la señora Tina para seguir con la búsqueda. La señora Tina le abrió muy emocionada, porque curioseando el fin de semana entre la tierra que habían sacado ellos, encontró algo que quería mostrarle al Tono.

TRES

—Pero señora Tina, no joda hombre, eso sólo es una moneda vieja, el tesoro de Pie de Lana es mucho más antiguo —dijo el Tono cuando vio la monedita de mediados de siglo que le enseñaba la señora Tina.

La señora Tina se molestó y el Tono se tuvo que disculpar y de inmediato empezó el trabajo, porque estaba convencido de que iba a encontrar el mentado tesoro, como que se llamaba Antonio García. Nuevamente fueron llegando todos los vecinos curiosos, pero el Tono estaba decidido a no hacerles caso y trabajar, ya habían sido muchos años de medio trabajar para medio pasarla, esta era su oportunidad de demostrarle a la gente lo que valía. Durante la mañana fue amontonando la gente en la entrada de la casa de la señora Tina; todos esperaban ser testigos del hallazgo del siglo en una colonia donde nunca pasa nada, la gente miraba con admiración el trabajo del Tono. El Tono por fin era respetado por la gente, ya los patojos no se burlaban de él, las señoras lo saludaban en la calle y los hombres le daban la mano.

Estaba el gentío allí parado, cuando llegó Pepe el carnicero, con una biblia en la mano y gritando puro loco. Decía que dejaran la búsqueda, porque eran cosas del demonio, que lo que se estaban ganando era la condenación eterna, que eso lo decía la biblia, que mejor buscaran a Dios y le sirvieran. Citaba un montón de textos bíblicos, con sus capítulos y sus versículos y todo el rollo. Cada vez gritaba más fuerte y parecía que se le iban a romper las cuerdas vocales y la gente sólo lo miraba extrañada, como diciendo este cuate qué onda qué rollo, cuando en eso se le acercó don Juan, el mecánico cornudo, a darle una trompada seca y contundente, que causó las risas de la gente y la huida despavorida del carnicero, que siguió gritando que se arrepintieran, que ya había cumplido con avisarles.

Mientras tanto, el Tono seguía cavando el hoyo con fe. La gente empezó a preguntarle qué había pasado con el Tito, y el Tono les contó que había ido a su casa, pero que como nadie respondía, se había venido a trabajar. De seguro estaba todavía de goma, les dijo. A la tarde el Tito seguía sin aparecer, pero el Tono continuaba su trabajo, sin ponerle atención a las viejas y a los patojos que se le quedaban viendo desde afuera. De vez en cuando salía la señora Tina a decirles que se fueran, que no molestaran al Tono, que parecía que no tenían nada que hacer.

A las cinco de la tarde en punto, el Tono suspendió la labor. Había hecho un agujero de unos cuatro metros de profundidad, pero nada. El Tono sólo jaló sus cosas y se fue a su casa, ante la mirada atenta de la gente, que no le preguntó ni le dijo nada al verle la cara seria, suficiente y altiva. Se fue a tomar un octavo a la cantina de doña Tona y se encerró en su casa.

Cuando llegó el Julián del trabajo, la colocha se lo convenció para ir a la casa del Tito a ver qué le había pasado, puesto que nadie lo había visto salir ni había llegado a la casa de la señora Tina para trabajar en la búsqueda. Estuvieron somatando la puerta un buen rato, hasta que el Julián se decidió a forzarla, porque esto no es normal colocha, a este cuate algo le pasó y la colocha sólo respiró profundo y se persignó. El Julián a patadas y empujones derribó la puerta, como en una película gringa de policías, y encontraron tirado y tieso, muerto cadáver, al Tito. La colocha pegó el grito desaforado que acostumbran las mujeres en estos casos, y el Julián se acercó para ver si de veras no respiraba nada el Tito.

—A este pisado lo mataron —dijo el Julián, seguido de un grito de alma en pena que pegó la colocha, y que se oyó en toda la colonia.

CUATRO

Al oír los gritos de la colocha, toda la marabunta se dejó venir y en un ratito todos estaban apuñuscados en la puerta de la casa del Tito. Por ahí resultó el primo de don Juan, el mecánico cornudo, que diz que había estudiado tres años de medicina y se acercó y le revisó los signos vitales al Tito y dijo que sí que estaba muerto, pero que el Julián era un exagerado porque el cuerpo no tenía signos de violencia ni nada que ver, por lo que al Tito no lo había matado nadie sino que se murió solito. ¿Y de qué se murió?, pues a saber, porque verá usted, yo no terminé de estudiar medicina, sólo llegué hasta el tercer año y me tuve que salir de la U por problemas de inflamación de la panza de mi mujer.

La gente se estuvo un buen rato ahí hasta que a alguno se le ocurrió llamar a la policía y el resto del día se pasó la cosa con el Ministerio Público, el juez de paz (que llegó con sus buenos tragos encima), hasta que se llevaron al pobre Tito a la morgue para ver de qué se había muerto. Al otro día, se supo que el informe del forense no decía nada más que “muerte por causas naturales”, y aunque más de algún shute quiso averiguar un cacho más, no se supo nunca de qué se había muerto el Tito. Bien se sabe que cuando el muerto no es importante, ya la mara no se toma la molestia de saber qué pasó.

El Tono, por su parte, aprovechó para trabajar tranquilo al día siguiente. No quiso ir al entierro, porque no lo iba a aguantar. Sabía que el Tito, como buen compa que era lo hubiera seguido apoyando, aunque de vez en cuando tuvo que parar el chance porque las lágrimas se le asomaban y los mocos se le salían. Ya no tenía con quién chupar a gusto, con quien reírse a carcajadas de puras muladas sin sentido, ya no tenía a quien chingar de mula, quien le hiciera la pala cuando las cosas iban mal. El Tito era su carnal desde chirices, y eso se había terminado. Terminado para siempre, y ahora le tocaba seguir en el mundo, con su vida de todos los días, sólo que un poco más solito, un poquito más triste.

La señora Tina, al verlo ahí moqueando, para el almuerzo le dio a tomar uno de los octavos que les había confiscado al Tito y a él la semana pasada. Pero el Tono almorzó sin ganas, como por obligación, volteando a ver a la ventana porque de repente, quien quitaba, el Tito se asomaría y lo saludaría y se sentaría a la par de él para contarle sus cosas y reírse de sus chistes, a veces por buenos, a veces porque eran tan malos que había que reírse igual.

Por la tarde, pasaron enfrente de la casa de la señora Tina todos los vecinos, a darle el pésame al Tono, porque todos sabían lo cuatazos que eran. El Tono sólo paraba el trabajo cuando insistía mucho la gente, pero a casi todo el mundo le recibió el pésame de palabra, saludando con la mano y colocándose el puño derecho en el pulmón izquierdo.

Al final del día, el Tono ya se había cavado otros dos hoyos iguales que el primero, pero nada de nada. Volvió a su casa, y tuvo que hacerse el fuerte cuando pasó frente a la casa del Tito, fue al jardín de los canches del lote 37, se hueveó unas flores y las fue a poner enfrente de la puerta de la casa del Tito. Y se rezó, por primera vez en 20 años, un padrenuestro y un avemaría.

CINCO

El Tono regresó a su casa todavía tristón. Se hizo un par de huevos revueltos y un botecito de frijoles Ducal, vio que no tenía tortillas y fue a traer un quetzal y al regreso se pasó trayendo un su quarterón de queso fresco. Al cafecito lo acompañó con un par de champurradas y los Simpsons en la tele.

Luego se echó en la cama con la radio puesta, y recostada la cabeza entre las manos, empezó a preguntarse cómo diablos le iba a decir a la mara que nunca encontraría el mentado tesoro de Pie de Lana. Así como al principio estaba seguro de que había un tesoro, ahora estaba seguro que era por gusto seguir buscando. Lo había sentido sin lugar a dudas cuando terminaba de cavar el tercer hoyo. Le parecía mala onda seguir cavando hoyos en la casa de la Señora Tina, que se había portado calidad con él. Pero también pensaba en lo que se veía venir: después de tantas atenciones y respeto, lo iban a latigear a puro desprecio e indignación, si bien le iba.

Se preguntaba también que por qué chingados el pisado del Tito se tenía que suicidar por la Thelma traidora, si la muy cerota siempre le quemó la canilla a sabiendas. El Tito le había confiado sus intenciones tiempo atrás, pero el Tono, alucinado con la idea del tesoro no le había puesto mucho coco. Se sentía como la más vil, sucia y despreciable cucaracha de la faz de la Tierra, porque su cuate lo necesitaba, y él pensando en puras pendejadas. Lo bueno fue que nadie le daba color a los efectos del cianuro y que en la morgue se hicieron los locos, habiendo tanto matado a pura pistola todos los días, a uno que se había suicidado no había que hacerle mucho caso. Muerto tenía que acabar de todos modos. Fue mejor porque así nadie supo.

El Tono se durmió maquinando estas cosas y tuvo una pesadilla. Todos los vecinos se juntaron alrededor de él después de saber que decía que no había ningún Tesoro de Pie de Lana. Le empezaron a hacer preguntas, a cobrarle las cosas que le habían regalado y a pegarle con palos y escobas y a tirarle piedras, hasta que no pudo mantenerse en pie y cayó, y ya tirado, la gente lo pateaba y lo puteaba, le decía mentiroso hijo de puta, malnacido, nos engañaste, no te queremos aquí, mejor te hubieras muerto con ese tu cuate borracho, nunca fuiste nadie de provecho. El Tono se despertó gritando y sudando frío y no pudo pegar un ojo en el resto de la noche.

No le quedaba otra que enfrentarse a la gente, pero el cómo era la gran duda. Les tenía que decir la verdad, que no había tesoro. O tal vez no, tal vez sólo entretener la nigüa y seguir haciendo como si el tesoro existiera para hacerse tiempo y pensar. Pero pensar en qué. Tal vez era cuestión de ser sincero y de hablar sin pajas y decirle a la mara la verdad y buscar un trabajo de a de veras. Se recordó que hacía rato que lo venía rogando el Víctor, su primo, para que le ayudara con el puesto de shucos que tiene por el Liceo. Con aquél la cosa estaba segura, pero nunca le hizo caso porque siempre tenía en la mente poner un negocio propio, que nunca puso porque le daba miedo que no diera bola.

Algo tenía que cranear, porque de esta no iba a salir tan fácil. Ya la gente se hacía con su moneda de oro o alguna joyita del tesoro. Todo mundo sabe que no hay dinero fácil, pero siempre prefieren creer en salvaciones de último momento o en milagros de lotería. De ilusiones también vive el hombre.

Escuchando una canción de Los Temerarios, cuando el reloj marcaba las cuatro de la madrugada, al Tono al fin se le alumbró la ñola. Ya tenía la solución al problema, ya sabía cómo iba a deshacerse de esta brasa que tenía entre las manos. Cómo no se le había ocurrido eso antes. Se vistió y salió a la calle, antes de que se levantaran las de la tortillería —que siempre eran las primeras en madrugar, parecían puros pollos— dispuesto a terminar con todo este rollo en que se había metido.

SEIS

El Tono salió a la carretera a ver si alcanzaba el ruletero que pasaba tempranito con la gente que tenía que madrugar, pero se le escapó por unos cuantos segundos, por más que chifló y chifló no le paró, porque ya iba algo lejano y no escuchó el chofer. Esperó unos cinco minutos más y pasó un taxi y el cuate taxista respiró aliviado cuando entró, porque como le contó después en el trayecto al Tono, necesitaba los 30 tukis para regresar a su casa y darle desayuno y dejar algo para el almuerzo de sus chavitos, ya después vería cómo le hacía en el día para la cuota del taxi y la cena.

Llegó a la Terminal tempranito y ya estaba todo el movimiento de siempre, vendedores y compradores. Entre tanto puesto, le costó un poco encontrar el de su mamá, doña Tomasa, que al verlo por ahí después de mucho tiempo, no pudo evitar que se le saliera un lagrimón que tuvo que secar con su delantal. El Tono se acercó y le dio un beso en la frente y un abrazo, y le dijo, mama, estoy metido en un problema. Doña Tomasa respiró profundo porque esperaba que la cosa fuera algo grave, pero al escuchar lo del tesoro se alivió, aunque al enterarse del suicidio del Tito se puso muy triste. Yo al patojo ese lo quería mucho, te acordás Tono, yo les servía su horchata después de que andaban todo el día jocoteando en la calle echándose las chamuscas, pobre patojo tan burro, cómo se fue a matar.

Mire mama, la gente me va a linchar cuando les cuente la verdad, a menos que usted me ayude. Yo quiero que vaya con la señora Tina y se haga la muy preocupada, a ver qué sabe ella de mí, porque le dirá que yo vine con usted y le conté de una visita nocturna del finado Tito, que me pedía que no siguiera con la búsqueda del tesoro porque eran cosas del cachudo y que don Pepe el carnicero tenía razón, que eran puras cosas del diablo, y que la dejé preocupada. Y luego me hará el favor de ir a la carnicería con don Pepe a pedirle que le eche una exorcizada a lo evangélico a los hoyos en la casa de la señora Tina.

Entonces llego yo a la tarde, les cuento que en la mañana fui a la iglesia con el padre para que me echara agua bendita y me explicara lo del Tito. Si tengo suerte, el padre irá conmigo al lugar y de paso le echa el agua bendita a la casa del Tito, antes de que la ocupe otro, para exorcizar bien la cosa. Yo creo que la mara se va a tragar todo porque allá todos van donde los espiritistas a diz que quitarse el mal de ojo y los ‘trabajos’ que les hacen.

Doña Tomasa dudó un poco antes de decidirse, pero el Tono siempre fue su consentido, aunque el Ángel y el Ramón fueron los hijos que siempre estuvieron con ella. Doña Tomasa le dejó encargado el puesto el resto de la mañana al Tono y se fue para la colonia, a ver si la gente se creía la historia.

Llegó con la señora Tina, y fue tan convincente que la pobre señora se persignaba y palideaba cuando doña Tomasa le iba contando todo el rollo. Cuando iba de camino a la carnicería de don Pepe ya había dejado a la señora Tina bien baboseada, tanto, que la señora sacó una su botellita de agua de

Lourdes que tenía de cuando su hermana había ido de viaje a Europa, y la vació en los hoyos que había abierto el Tono. La colocha shute, que desde güira conocía a doña Tomasa porque su tía también tenía un puesto en la Terminal, se le pegó cuando iba con don Pepe el carnicero, quien las recibió a las dos de buena gana, y dijo yo se los dije a todos pero no me hicieron caso y tomó cartas en el asunto muy seriamente, sacó su Biblia y se fue a parar enfrente de la casa de doña Tina a hacer oraciones y a recitar unos salmos meros extraños, que ni él entendía muy bien, pero que sonaban chileros. Así se fue regando la bola entre la gente y para el mediodía, todos pasaban persignándose o diciéndome me cubro con la sangre de Cristo, o cosas por el estilo.

El Tono al mediodía recogió todo lo del puesto de doña Tomasa y se fue a buscar al padre Héctor, al que se llevó casi a la fuerza para que le echara agua bendita al asunto y la cosa fuera más creíble. Al llegar al lugar con el Padre, ya toda la gente estaba congregada con la colocha y doña Tomasa en primera fila. El padre aprovechó para recriminarle a todos que por qué ya no iban a misa. Don Pepe el carnicero, estaba hasta atrás de todo mundo escuchando atentamente, porque su pasado católico le hacía ser respetuoso con los curas, y recordaba a su tío que había sido párroco de una iglesia de pueblo.

Terminó el padre la pequeña ceremonia y el Tono les habló a todos y les dijo que le dieran gracias a Dios de que no habían habido más muertes que la del Tito, y cuando decía esto se le quebró la voz y las mujeres como siempre tan fáciles para la lloradera, también empezaron a moquear. Entonces el Tono le echó tierra a los hoyos que había abierto ante la mirada atenta de todo el mundo, que lo miraba como mira la gente a los enterradores en los sepelios, enterrando para siempre las ilusiones de un tesoro y una vida más fácil y alegre. Algunas viejas resultaron cantando “perdona a tu pueblo Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor” y cada quien se fue a su casa. Y todo volvió a ser como antes al siguiente día. O casi.

Cuentan que después el Tono se fue a vivir con su mamá y que trabaja con su primo el Víctor vendiendo shucos por el Liceo. Que todo mundo fue a misa todos los domingos durante un mes entero, que la seño Tina se quedó con algo de miedito por todo este rollo y que de vez en cuando reza un rosario hincada en su patio, que don Pepe el carnicero se regresó al catolicismo, y que la colocha de vez en cuando se le escapa al Julián para ir a comer shucos al Liceo.

El secuestro

—¡Se robaron a mi hijo! —dijo Ruth al otro lado del teléfono.

Claudia inmediatamente dejó todo y se fue con ella a la casa. Fernando había llamado a Ruth angustiado, desesperado y casi loco porque se había dormido cinco minutos y al despertar no había encontrado al Gabrielito en la casa. Lo había llamado, gritó y gritó y el nene por ningún lado, las puertas abiertas y el acabose total.

El Gabrielito es la adoración de la familia. Chiquitito y delgadito, con cuatro años y su alegría natural se gana a cualquiera. Cuando Ruth lo lleva a la oficina, todo el mundo gira en torno a él. Claudia iba rezando en el camino, porque los milagros no existen, pero hay que inventárselos para seguir viviendo. No era hora de presumir de valientes ateísmos.

Mientras Claudia y Ruth llegaban a la casa, atrasadas por un accidente en la carretera, Fernando se encargó de avisarle a todo el mundo. Los vigilantes de la garita del condominio estaban en alerta para no dejar salir a ninguno. La gente estaba indignada y juraba que al encontrar al secuestrador, lo lincharía sin piedad. El papá de Ruth tiene un cargo importante en la policía y no iba de ninguna manera a dejar que el o los desgraciados se salieran con la suya.

Ya el cuerpo de policía más cercano estaba al tanto de la situación. Toda la gente que salía era interrogada y registrada en la garita y habían vecinos buscando por todas partes al o los maleantes, no era posible seguir permitiendo tanta maldad y menos con un pequeño inocente.

Fernando en su desesperación no atinaba a hacer nada. Volvía a ver a la sala y los dormitorios, la cocina. Salía de la casa y volvía a entrar. De repente, revolviendo cosas por todos lados, movió el edredón que estaba en el corralito que ya le queda pequeño al nene. Y allí estaba el Gabrielito, profundamente dormido, sano y salvo. Como el edredón es grande y el niño pequeño, no se notaba que estuviera debajo de él. Llegaron Ruth y Claudia, Ruth llorando desconsoladamente y Claudia tratando de conservar la calma, a encontrarse con un Fernando que había envejecido diez años en media hora y con un Gabrielito extrañado con tanto movimiento, diciendo que estaba cuidando su corral.

Regreso a casa

El señor no pudo estacionarse frente a la panadería porque ya estaba ocupado el espacio, así que se quedó media cuadra atrás. La señora bajó y fue por el pan, mientras el señor junto a los dos niños del matrimonio la esperaban. Al salir de la panadería, la señora vio que el señor amablemente había adelantado el carro y se subió, le puso seguro a la puerta, se colocó el cinturón y se quedó viendo por la ventana a esa viejita que por distraída había botado al suelo los huevos que llevaba. Luego de cinco cuerdas de andar en el carro se dio cuenta que la ruta no era la que dirigía a su casa. Volteó a ver a su esposo y a sus hijos, pero no eran los suyos, se había subido a un carro equivocado.

Al parecer no habían notado que se había subido una persona ajena a ellos y entonces decidió no decir nada y seguir hasta el destino final con ellos. Un cambio de ambiente quizás le vendría bien, su nueva familia se miraba afable, aunque todos muy serios. Cuando llegaron a la casa, el niño más pequeño la tomó de la mano y le enseñó todos los ambientes, le preguntó su nombre y le dijo que hacía mucho la esperaban. La casa era lujosa y había suficiente servidumbre para atender a tres familias al mismo tiempo. Los pisos relucientes, las habitaciones amplias, el jardín precioso, obras de arte de buen gusto en las paredes y corredores.

A las siete de la noche, la cena estaba servida. El señor de la casa se puso de pie y le dio la bienvenida a la familia y alzó una copa de vino para celebrar. Los dos niños la miraban alegres y le empezaron a decir mamá. “Mamá, pásame la sal porfa”, “cómo te fue hoy en el trabajo”. El señor parecía un discreto y elegante ejecutivo, con aristocráticas canas en las sienes y voz de bajo, y a la señora le pareció muy guapo. ¡Quién va a extrañar al vulgar de su marido y a los relajeros de sus hijos! Aquí se está muy bien.

Al terminar la cena los niños se fueron a dormir y quedaron solos el señor y la señora. El señor pidió música para bailar y bailaron vals, tangos y jazz. La noche se terminó a las doce en punto, y el señor le mostró a la señora el dormitorio en donde iba a dormir. Ella bien se hubiera ido a dormir con él, para asumir de una vez por todas su nuevo papel, pero pensó que era mejor hacerle caso.

Al día siguiente ella no sabía qué hacer. Esperó que todos se fueran y llamó por teléfono a su casa, pero nadie contestó, ellos también se habían ido. Llamó entonces a su marido al celular y éste respondió un poco apurado, pues dijo estar en una reunión, que por favor llamara después. Ella entonces salió a dar un paseo por los jardines de la mansión y se bañó en la piscina. Luego llamó de nuevo a su marido y ambos estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería que ella se quedara por un tiempo. Los niños y él estaban bien.

Sin saber exactamente por qué, y aunque la nueva vida estaba muy bien, ella esperaba que su marido le dijera que la extrañaba. Por la tarde llamó a sus hijos a la casa, pero atendió una voz femenina de apariencia muy educada que le dijo que todo estaba bien, que ella se encargaría de llamarla la semana próxima.

La máquina de la nostalgia

Mariano Varsavsky, un científico guatemalteco de origen judío, inventó hace algunos años una máquina del tiempo. A pesar de sus muchos intentos sólo logró viajar cinco minutos en el tiempo. Cinco minutos para atrás o cinco para adelante, algo que no era muy útil que digamos. Después de desvelos y esfuerzos inútiles, decidió abandonar la empresa de hacer una máquina que viajara más tiempo e inventó entonces una máquina para eliminar la nostalgia.

Varsavsky pensó que era mejor eliminar la nostalgia para no tener que viajar al pasado. Varios de los que participaron en sus experimentos del tiempo querían regresar a la niñez, o volver a estar con aquella su tráida que tenían en bachillerato y más de alguno por ahí quería regresar a su primer año de matrimonio. Así que los escasos cinco minutos nunca fueron suficientes para nadie.

Se puso manos a la obra, y todas las noches del 2003 dedicaba cuatro horas al proyecto. El principio elemental de la máquina era bombardear con rayos catatónicos a la parte del cerebro que guarda los recuerdos. Los rayos catatónicos, un reciente invento de un premio nobel palestino, tienen la facultad de disminuir la frecuencia de las ondas electrónicas de un campo magnético cerebral determinado. El efecto final en el caso de los humanos, era un apaciguamiento del dolor nostálgico, sin eliminar los recuerdos. Es decir, recordaríamos todo sin dolor, sin ansias de regresar al pasado, con una mirada serena y racional. Podríamos entonces continuar nuestra vida y seguir hacia el futuro, sin añorar dichas ni tiempos pasados.

Puedo decir esto con autoridad por haber participado en los experimentos de Varsavsky durante el 2004, experimentos en los cuales eliminé toda la nostalgia que tenía del año 1986, cuando Argentina fue campeón mundial de fútbol y Maradona brilló como ninguno desde entonces. Al recordar ese año, ya no me entra la tenue desesperación que padecía antes, al recordar un buen año que nunca volverá.

Después de documentar exhaustivamente todos y cada uno de sus experimentos durante el 2004, Varsavsky pensó que era tiempo de ir a Estados Unidos o Alemania y presentar la máquina y por fin entrar a la historia como el gran inventor que era. Los que participamos en sus experimentos estábamos seguros de que triunfaría y nosotros también pasaríamos a la historia como participantes de tan célebres experimentos.

Pero la desdicha cayó sobre la vida de Varsavsky antes de que terminara de arreglar sus pasajes de avión, durante enero del 2005. Por un error de cálculo, Varsavsky borró la nostalgia por su madre, muerta cuando él tenía siete años. El quería eliminar una nostalgia diferente, aquella en que recordaba a la relación sentimental que tuvo con su prima Lucía estando en secundaria. Por más que hizo no pudo reinstalarse la nostalgia por su madre, y cayó en una profunda depresión. Recordaba a su madre así como recordaba a la bicicleta que le regaló su padre a los nueve años, sin sentimiento. La imagen, la voz y la sonrisa podía recordarlas bien, pero no causaban el menor efecto. Esa era su nostalgia más preciada, ahora perdida por error.

Empezó a beber y a endeudarse hasta la quiebra por la bebida y un día enfurecido prendió fuego a su archivo de investigaciones. Luego arremetió con un bate de béisbol contra la infortunada máquina, hasta dejarla en calidad de chatarra. Renunció a su trabajo y se fue a vivir a Zacapa, donde se sostiene colaborando en los laboratorios clandestinos de cocaína. Dicen que a veces recuerda con nostalgia la febril pasión con que emprendía sus investigaciones.

La muerte, ese pequeño detalle

Hay historias de las que podría sacar partido un escritor de verdad, de esos que salen en la prensa, que ganan premios y que venden libros de a montón. Por ejemplo, a mí me tiene impactado el suicidio de la señora de la tortillería que está a la vuelta de mi casa. Era una señora que vivía diciendo que después de que su hija menor cumpliera quince años, ella se iba a morir.

Si ustedes la hubieran visto, ella era una feliz mujer de cuarenta años que siempre atendía alegre su negocio, al que yo iba en ocasiones a comprar tortillas para la comida, y de la que nadie se podía imaginar que después de la fiesta de quince años de su hija menor esperaba a que se durmieran todos en la casa, se levantaría en la más completa oscuridad e iría a la cocina a atiborrarse de veneno para ratas, para amanecer muerta al día siguiente.

Otra historia curiosa es el suicidio de la prima de un amigo. Ella ya había intentado el suicidio dos veces, pero al tener a una hermosa bebé había cambiado y todos pensaron que tenía esperanzas de cura, que se iba a olvidar de la terrible idea. Pero ella un día va y se suicida. O al menos así dijeron los familiares que vivía con ella. La explicación que daban era que la muchacha se había sentado en una silla en medio de una habitación vacía, había atado un extremo de un lazo a su cuello y el otro extremo a la puerta de la habitación. Entonces había cerrado con todas sus fuerzas la puerta y había muerto ahorcada. Historia que no muy creyeron los familiares que no vivían con ella.

También está el caso de un recién casado que compró un comedor que tenía una mesa de vidrio, aún en contra de la voluntad de su mujer, quien le tenía desconfianza a ese tipo de mesas. No obstante ese detalle vivieron felices durante los ocho primeros meses, y una tarde de primavera, con el cielo precioso y el ambiente limpio, ella regresaba contenta del trabajo a anunciarle a su marido que la prueba de embarazo había salido positiva. Al llegar vio la mesa de vidrio partida a la mitad, un rastro de sangre que llegaba al baño, y el cadáver de su marido con una herida mortal en la yugular, en medio de un escandaloso charco de sangre.

Eso me recuerda a una pareja que era, según el cuate que me contó la historia, un ejemplo de convivencia y armonía, y con quienes daba gusto compartir un almuerzo o una cena. Después de dos hijos y de algunos años de matrimonio, la muerte se encontró con ella en un accidente de carro. Mi cuate no pudo ir al funeral y le comentó a un conocido que tenía la intención de visitar al viudo para darle el pésame, pero le dijeron que estaba preso. Algo injusto, pensó mi cuate, porque la cosa había sido accidente, aunque quizás se había muerto alguien en el vehículo con el que habían chocado. No había sido accidente, le corrigieron, él había acuchillado a su mujer hasta la muerte, dentro del carro, delante de los dos niños del matrimonio.

Estas son historias verídicas al cien por ciento, y de las que como les comentaba al principio, cualquier escritor de mediana tabla podría sacar partido. Pero como no es mi caso, se las dejo ahí, esperando disculpen la manera tan simple y tan sin gracia de presentarlas.

Básicamente, esta sería mi opinión

Quisiera referirme a los últimos acontecimientos acaecidos recientemente. Primero que nada, o antes que todo, haré una breve introducción al respecto de mis observaciones, que como siempre serán banales y no contribuirán en nada a Guatemala, a diferencia de lo que se escribe en todos los demás blogs guatemaltecos. Sin embargo considero importante expresarlas aquí. Básicamente porque en otro lugar no sería lo mismo, por esa manía que todos tienen de que las cosas tienen que ser útiles o divertidas o afines con su pensamiento ideológico.

Las observaciones que hago sobre diversas situaciones no son más que las mías, porque es imposible que mis observaciones fueran las de Fidel Castro, por ejemplo. Porque para empezar, don Fidel es bastante más viejo que yo y es cubano y preside su país. En cambio un tipo como yo, sin nada más trascendente que este pobre y humilde (pero honrado) blog, probablemente no me pueda hacer escuchar demasiado.

Como segundo punto, me interesa hacer hincapié en la importancia de la cronología de los hechos. Porque si los últimos acontecimientos no hubiesen acontecido de último, entonces no serían los últimos. Parece de una lógica elemental, pero usted sabe que hay gente a la que le gusta retorcer argumentos y cronologías para manipular situaciones e individuos. Es así, pues, cómo al tener presente que los últimos acontecimientos acaecieron de último, estamos siendo más claros y transparentes con nuestras intenciones. El lector de este prescindible rincón internético, sabrá que aquí hablamos sólo con la verdad, aunque muchas veces ella no nos haga caso ni mucho menos nos conteste.

Como tercer punto (nótese que estamos yendo en orden, porque al ser yo el que escribe bien me hubiera podido saltar este tercer punto y dar el cuarto o hasta el quinto punto primero, pero usted, amigo lector, merece respeto y por tal motivo vamos en orden, como Dios manda), quisiera referirme a los acontecimientos. La palabra 'acontecimiento', según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española significa "hecho o suceso, especialmente cuando reviste cierta importancia." Quise colocar la definición porque estoy seguro que si yo le pregunto a alguien, a cualquier gente al azar, qué significa la palabra acontecimiento, lo más seguro es que pueda utilizar el vocablo, pero no definirlo exactamente.

Conviene, entonces, que vayamos al cuarto punto. El cuarto punto como usted probablemente habrá adivinado (porque estoy seguro de que usted tiene una mente prodigiosamente perspicaz) viene generalmente después del tercero. Aquí considero que es importante que el lector ponga mucha atención, porque si pierde el hilo, el quinto punto no lo podrá entender debido a su extrema complejidad.

Como quinto y último punto, debo resaltar la importancia que reviste el que uno sea una persona directa y que no se ande por las ramas, ni con introducciones de bostezo y retóricas que hagan perder el valioso tiempo de gente tan importante como usted. Por tal motivo he creído pertinente hacer esta brevísima introducción acerca del tema que dijimos que íbamos a tratar en el primer párrafo.

Para concluir el presente escrito, debo decir que los últimos acontecimientos acaecidos recientemente me tienen un tanto intrigado y preocupado, por las implicaciones y resultados colaterales que pueden ocasionar de seguir el rumbo que llevan. No quiero alamar a la población en general, pero pienso que si no triunfamos, corremos el grave riesgo de perder. Es decir que, si no avanzamos, no iremos hacia delante.

Básicamente esa sería mi posición al respecto de los últimos acontecimientos acaecidos recientemente. Usted puede, como siempre, faltaba más, utilizar el espacio de comentarios para expresar su propio punto de vista acerca del tema que hemos esbozado en estas líneas. Por el bien del debate, la democracia y las buenas costumbres, me gustaría que observáramos una elemental cordura en la discusión.

Mal espíritu

El sábado a la noche, Esteban fue a la vigilia de la iglesia evangélica de su colonia. Se llevó al Pancho, su hijo de nueve años, quien no iba de muy buena gana que digamos. Panchito se durmió en la banca a eso de las diez de la noche, y Esteban —que había tenido un día agotador de trabajo y luchaba por no dormirse también— lo tapó con su chumpa de lona. Cuando terminó la ceremonia, al filo de la medianoche, Esteban se despidió de los feligreses y del pastor, y cayéndose del sueño se fue para su casa, buscó rápidamente su cama y se durmió al instante. Pero Panchito no iba con él.

Una hora después de que la iglesia se cerrara, Panchito despertó. Vio todo oscuro y sintió miedo, pero decidió ser valiente y no empezar a gritar porque podría asustar al pastor, que vive a la par de la iglesia. Y porque si su papá lo encontraba llorando le iba a pegar. Se desperezó y empezó a buscar la salida, tropezándose con las bancas.

—Hay alguien en la iglesia —le dijo su mujer al pastor Abraham.

El pastor le respondió que no hiciera caso, que lo dejara dormir. Pero Panchito en una de esas botó al suelo un florero y se escuchó nítidamente en el dormitorio de la pareja, poniendo en alerta al pastor.

—Debe ser un ladrón, voy a ver —dijo el pastor a su mujer, con el bate de béisbol de su hijo empuñado—. Que sea lo que Dios quiera.

El pastor fue hasta la puerta de la iglesia y pegó su oreja a la puerta. Escuchó cómo alguien desesperadamente quería forzar la puerta donde guarda las ofrendas. Temiendo lo peor, puesto que los ladrones no se tocan el corazón para disparar incluso a hombres de Dios, volvió a su casa y llamó a un par de feligreses de la iglesia que vivían cerca.

Mientras tanto, Panchito quería abrir todas las puertas que se le ponían por delante, y estaba a punto de llorar, pero se acordaba que su papá le había dicho que sólo las mujeres y los huecos lloran. Y él era hombrecito. Se sentó en una banca, derrotado, y pensó que de repente le tocaba quedarse el resto de la noche en la iglesia, así que empezó a orar: “Diosito, te pido que mi papá no se enoje ni me pegue por quedarme dormido aquí. Yo no quise dormirme pero se me cerraban los ojos y ya no pude aguantarme”. Luego se paró para buscar agua porque tenía sed.

A los cinco minutos llegaron los fieles con el pastor y al acercarse a la puerta, escucharon pasos adentro de la iglesia.

—¿No será que es un mal espíritu, hermano? —le dijo uno de los fieles al pastor.

—Por supuesto que no, cómo van a pensar eso. Es un ladrón que le quiere robar al Señor las ofrendas y no debemos permitirselo.

Panchito escuchó las voces, se acercó a la puerta y empezó a golpearla, desesperadamente.

—¡Se los dije, es un mal espíritu! ¡Está desesperado porque está en la casa de Dios! —exclamó convencido el feligrés.

—¡No! ¡Soy Pancho, me quedé encerrado!

El pastor abrió al fin la puerta de la iglesia y salió Panchito con sus grandes ojos llorosos. Llamaron a Esteban y éste vino corriendo. Se mostró avergonzado por no haberse dado cuenta del olvido, pidió disculpas, agradeció al pastor y a los hermanos la atención y se fue con Panchito a su casa.

El pastor se quedó observándolos y escuchó claramente cuando Esteban, antes de doblar por la esquina, dándole un sopapo a su hijo, decía:

—¡Y nada de estar chillando! ¡Patojo hueco!

El email

¿En qué estaría pensando esta desgraciada? ¿A qué venía ese email? ¿Por qué dejó pasar tanto tiempo para decirlo? Si no me quería lo debió haber dicho antes, ahora que la boda está cerca y ya la gente está invitada me lo viene a decir como si fuera un juego. Juan miró por la ventana la mañana gris y lluviosa que se asomaba desde la sexta avenida. Atendió de mala gana un par de llamadas de clientes y volvió a la computadora a leer el infame email.

¿Qué era esa mierda de “creo que no es mi tiempo todavía”? Parecía que se había olvidado de las lágrimas ridículas que se había echado cuando le entregó el anillo de compromiso, de los planes que tenían para ir a vivir a Antigua Guatemala, de armar una agencia de viajes y de dejar de trabajar cuando cumplieran 40 años, cuando ya fueran millonarios.

—Juancho, lo llama el jefe a su oficina —le avisa Raúl, el conserje—.

Juan se encamina a la oficina de su jefe, pensando en que ahora le importa una mierda todo y que todos también se pueden ir mucho a la mierda. Entra a la oficina y tira un forzado buenosdías que apenas escucha su jefe.

—Juan, ante su próximo casamiento, creo que nos tenemos que poner de acuerdo para atender los compromisos fiscales —dice el jefe, serio—. Usted se va dos semanas en las cuales hay que hacer traslados de fondos importantes y no quiero molestarlo en su luna de miel en La Habana —agrega, con sonrisa cómplice.

Te sigo amando pero pienso que deberíamos darnos más tiempo.

—No se preocupe jefe, eso no es cosa del otro mundo y usted lo debería saber bien —contesta Juan, con insolencia—. Ya coordiné con el contador para que nada suceda y de esto, si mal no recuerdo le hablé la semana pasada. Ahora, si no le importa, voy a ver el pago de la planilla de mañana.

Juan sale de la oficina molesto y apenas logra reaccionar a tiempo para no somatar la puerta. Va a su oficina e intenta imprimir un memo para el personal, pero la impresora no funciona, se trabó el

papel. Le pega un par de puñetazos a la impresora y tiene que controlarse para no tirar todo lo que tiene en el escritorio.

Me siento muy presionada y tengo miedo de que todo salga mal y fracasemos.

De plano que el Braulio maldito la andaba rondando otra vez, después de que él mismo la mandó a la mierda. De haberlo sabido mejor ni me le hubiera acercado. ¡Y yo que pensaba que había sido mi suerte! Maldita perra. No sé qué va a pasar ahora, pero voy a hacer que me pague hasta el último centavo de lo que gasté y que me devuelva todos mis regalos.

Pero eso sí no, no la voy a rogar para nada, que le vaya bien con ese idiota que a saber qué negocios tiene con esos carros que dizque trae de Estados Unidos. Para mí que son robados, pero allá ella, que se la lleve la gran puta, que coma mucha mierda. Estúpida.

Suena el teléfono de su oficina y él responde casi gritando que no está para nadie, y cuelga sonoramente. Tira su celular con fuerza hacia la pared. Apaga la computadora y sale a toda prisa a la calle a caminar, porque si se queda va a terminar tirando todo lo que hay en el escritorio y va a patear todos los muebles. Su jefe lo ve venir en el corredor y lo tiene que esquivar porque Juan ni lo mira.

—¡Tá bravito don Juan vaá! —dice Raúl el conserje, mirando al jefe, quien sólo se encoje de hombros.

Creo que no es mi tiempo todavía.

Juan se va debajo de una necia llovizna caminando lo más rápido que puede, hacia cualquier lado. Pasa enfrente del Palacio Nacional, y camina y camina, hasta que sorprendido, se da cuenta de que llegó hasta el Hipódromo del Norte. Entra a ver el Mapa en Relieve y se sienta en una banca, derrotado. Quiere llorar pero no puede.

Vuelve a la oficina a la hora del almuerzo para que no lo vea entrar nadie. Enciende su computadora para imprimir el email, de repente servirá si hay pelea con abogado.

Consulta su correo, con una vaga esperanza de que cambie algo. Y ahí está, en su bandeja de entrada, el maldito email salvador:

Mi amor, disculpame. Estoy muy nerviosa y anoche tuve un sueño terrible en el que nos salía todo mal y nos separábamos. Por eso el email que te mandé a las tres de la mañana. No hagás caso por favor. Te intenté llamar al trabajo, pero me dijeron que no estabas disponible. Llamé también al celular y te dejé mensaje porque no contestaste. Llegué a tu oficina pero no estabas. Soy una tonta, pero te sigo amando con locura. Te paso a buscar a la salida, voy a ver lo de los adornos de la Iglesia.

Besos,

Tania.

Juan suspira larga y pesadamente. Se da cuenta de que tiene hambre y llama por teléfono para pedir pollo frito. Cuando sus compañeros de oficina vuelven de la hora de almuerzo, Norah Jones está cantando a todo volumen *Those sweet words*, y escuchan a Juan intentando hacer una segunda voz, que no le sale tan mal que digamos. Se sonríen todos, pero nadie dice nada, la música es media cursi, pero está buena. Raúl abre la ventana principal porque el sol ya volvió y parece que se va a quedar el resto de la tarde.

Pastillas de cianuro

Agobiados por las penurias económicas, padre e hijo deciden suicidarse. Calcularon que con los seguros de vida que habían contratado, mamá podría pagar todas las deudas y continuar ayudando a la hija soltera en el cuidado del bebé que acababa de tener y que se merecía un futuro mejor que el que tenían ellos debido a sus irresponsables inversiones.

Ambos, padre e hijo, redactaron una nota póstuma en la cual explicaban a la madre sus razones altruistas y le indicaban que por nada del mundo la enseñara a la policía o a algún agente de seguros. El domingo anterior a la fecha del suicidio fueron a misa por primera vez en muchos años, se confesaron y comulgaron y pidieron perdón por lo que iban a hacer.

La madre, una dedicada catequista católica, no pareció darse cuenta de los planes de ellos, aunque se alegró de verlos en misa y dijo en sobremesa que había pasado mucho tiempo rogándole a Dios para que sucediera esto. Algo bueno estaba por pasar, todo estaba en los planes del Señor.

La noche en que van a efectuar el doble suicidio, padre e hijo hablan durante una hora y se convencen nuevamente de que lo que van a hacer está bien. El padre toma sus pastillas de cianuro y se va a su dormitorio. Pero el hijo no se las toma. Se queda en el comedor pensando en que su mamá se fue a acostar temprano, cuenta las pastillas de cianuro que quedan en el frasco y nota que hay menos de las que debería de haber.